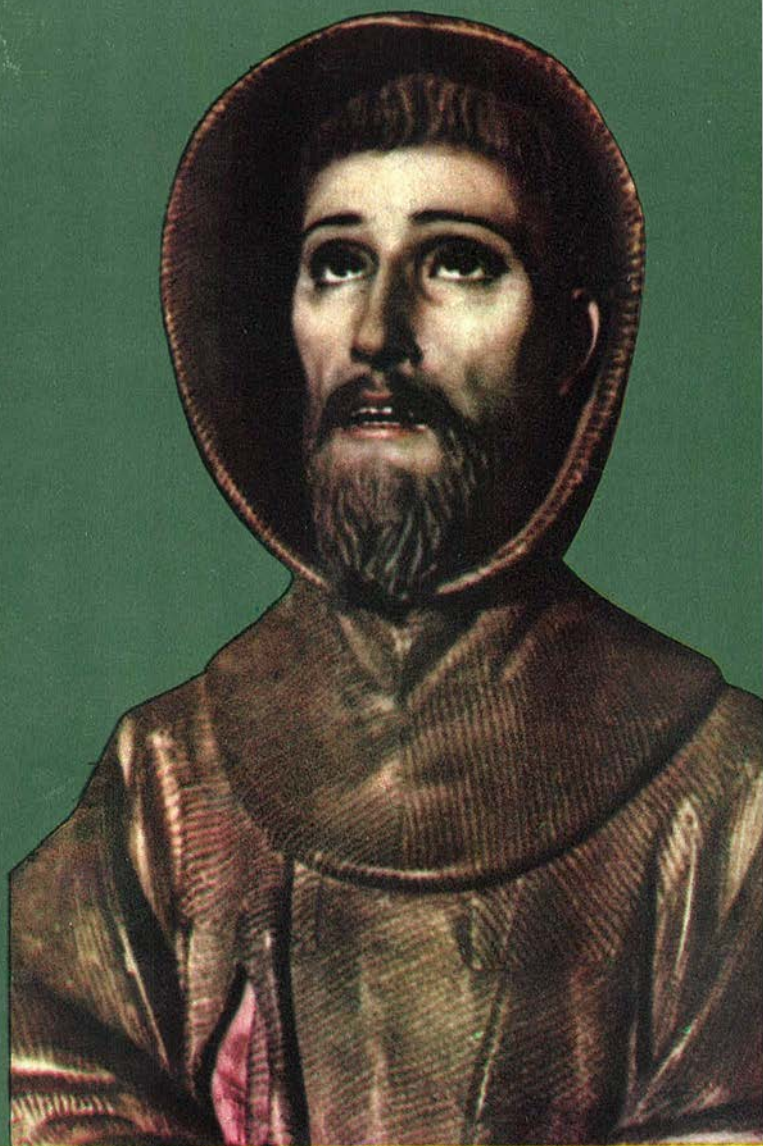


J. LORTZ

PENSAMIENTOS EN TORNO A FRANCISCO DE ASIS



EL SANTO INCOMPARABLE

ex Inst. Hist.

EL SANTO INCOMPARABLE

JOSEPH LORTZ

EL SANTO INCOMPARABLE

Pensamientos en torno a Francisco de Asís

Editorial
CENTRO DE PROPAGANDA (CENPRO)
Cervantes, 40
Madrid - 14

Traducción española del P. Alejandro de Villalmonte; realizada sobre la primera edición alemana (1952) de la obra *DER UNVERGLEICHLICHE HEILIGE. Gedanken um Franziskus von Assisi* -Versión autorizada por la PATMOS-VERLAG, Düsseldorf.

Nihil obstat: El Censor, Dr. F. de La Cuesta.

Imprimatur: Dr. F. Alvarez, Vic. Gral.

León, 24 de enero 1964.

Nihil obstat: Fr. Gabriel de Sotiello, Censor Ord.

Imprimi potest: Fr. Donato de Monleras,
Min. Prov. O. F. M. Cap.

I

OBSERVACIONES PRELIMINARES

"Es una vergüenza para nosotros, siervos de Dios, el que los santos hayan realizado tales obras y nosotros, con sólo contarlas y predicarlas, nos creamos ya dignos de grandes honores" ¹.

(Palabras de exhortación, 6).

1

*Francisco es un "misterio" **

Hay diversos procedimientos para tratar un tema. Se puede acometer directamente el estudio del tema propuesto; o bien se puede empezar por describir el ambiente espiritual en el cual se mueve el objeto a estudiar.

El que se haya ocupado por cierto tiempo de Francisco de Asís puede fácilmente hablar sobre él durante varias horas. Pero, es difícil expresar con palabras lo que Francisco es *en su esencia*.

Ciertas formas de expresión que a todos nos son usuales, aplicadas a él parece se evaporan y se hacen transparentes, como si las palabras hubieran adquirido, para este momento, una significación distinta.

Francisco es *un misterio*. Lo era ya para sus con-

(*) Los subtítulos que acompañan a cada uno de los apartados, así como el índice que se pone al final del libro, son propios de la traducción española (N. de los E.).

temporáneos y lo sigue siendo para nosotros. Y un misterio no debe ser desvelado a la ligera; de lo contrario se destruye, con el enigma, la realidad misma. Se le debe dejar en su insondable profundidad, en su difícil tensión interna. Ante el misterio hay que permanecer en silencio. Hay que buscar el contacto inmediato con él. Y cuando se le contempla con mirada fija y penetrante, entonces podrá ocurrir que nos entregue algo de su esencia íntima, fecundando el alma del hombre reflexivo y llenándola de alegría. Naturalmente, siempre en la forma como lo puede hacer un misterio: descorriendo el velo para dejar entrever secretos aún más hondos.

Francisco de Asís es una figura secular; pero, lo es en una forma completamente desacostumbrada. De tal manera que en seguida se percibe que, todo cuanto se dice sobre esta figura extraordinaria, es poco más que un pobre balbuceo; poco más que un fallido intento por describir, con palabras inadecuadas, un mundo desconocido y extraño. Sólo en forma muy deficiente es dado captar la realidad apetecida y en forma más deficiente aún el comunicarla.

Ya el primer biógrafo del Santo atestigua esta insuficiencia de las palabras humanas. Insuficiencia que se palpa no sólo al hablar de la impresión de las llagas, sino que se extiende más: *la totalidad* de Francisco sólo aproximativamente se la puede sondear.

Y precisamente esto está en íntima dependencia con la originalidad propia del Santo: faltan en absoluto los términos de comparación válidos, con los cuales pudiera ser medido y según los cuales podría ser descrito. Incluso su modo de "conocer" y de expresarse es tan poco abstracto, es una captación tan inmediata de la realidad, que nuestras palabras sólo con dificultad pueden llegar a insinuar esta realidad.

Pasa con Francisco como con una obra de arte, o con las percepciones elementales de nuestros sentidos. Pro-

piamente hablando una obra de arte no puede ser descrita. El que no la ha visto, oído y tocado no puede lograr una representación adecuada de la misma. Por más que se le explique, no es posible que un ciego de nacimiento, un sordo o uno que carece de olfato lleguen a tener representación adecuada de lo que es un color, un sonido, o un perfume.

Francisco fue un hombre original y único en una forma que apenas es posible definir concretamente. Y por ello era, en lo que tenía de más personal y suyo, rigurosamente *incomparable*. Este hombre admirable nos ha dejado únicamente unas pocas páginas —por lo demás de valor inestimable— de alabanzas, prescripciones y bendiciones. Incluso los que convivieron con él resumieron sus impresiones en forma del todo insuficiente, si se tiene en cuenta la grandeza y potencia del Santo; aunque algunos de esos escritos sean realmente magníficos, sobre todo los de Tomás de Celano.

2

Hablar de él comprometiéndose

Sentimos una especie de necesidad íntima —en sí muy estimable y muy hondamente arraigada en nosotros— de reflexionar sobre los grandes hombres que nos precedieron, con el fin de llegar a comprender su personalidad y su obra. El cristianismo y la Iglesia han afirmado también y cultivado esta necesidad desde el principio.

Este volver la vista hacia la historia puede traer un peligro para el observador: el peligro de hablar a la ligera, sin mayor compromiso. Francisco había sospechado ya algo de esto, según parece indicarlo la frase que nos ha servido de lema al principio de estas páginas.

El peligro se ha agudizado en la actualidad. Una generación, bajo tantos aspectos impotente, vuelve los ojos al pasado no ya con mirada histórica, si no historicista. Tengo una visión *histórica* del pasado cuando estoy dispuesto a recibir de él una lección y un quehacer para el presente; mientras que la mirada del "historicista" contempla el pasado como mero objeto de pasatiempo y solaz intelectual.

El hombre que hoy se vuelve a mirar al pasado se ve reflejado en una multitud de formas difusas; le sorprenden cosas no sólo múltiples, sino incluso contradictorias... pero él sigue adelante, semejante al hombre que mira su rostro en un espejo y al momento se olvida de cómo era (Sant. 1, 23).

Más que nunca debemos evitar el caer en este peligro en estos momentos en que celebramos, llenos de entusiasmo, una conmemoración oficial (*). Semejante defecto nunca sería más inoportuno que en estos momentos en que nos proponemos hablar del fiel seguidor del Crucificado.

3

Peligro del lenguaje "gastado"

El peligro, por desgracia, no es fácil de evitar. Porque hemos celebrado y celebramos demasiadas fiestas conmemorativas, sin que nos hayamos sentido espiritualmente comprometidos, sin que hayamos experimentado cambio alguno dentro de nosotros.

Pero, aunque por nuestra parte intentemos evitar cui-

(*) El texto de este libro fue escrito en forma de conferencia para la fiesta conmemorativa habida en la Sala Robert-Schumann, de Düsseldorf, con motivo del 3.º centenario de la fundación del convento franciscano de aquella ciudad. Entonces se dictó la conferencia en forma abreviada. Al ser ahora impresa se ha querido conservar la misma forma de conferencia.

dadosamente este defecto, con todo nos salen al paso, inevitablemente, otras dificultades.

Es propio de la vida el repetirse continuamente. Y todo lo que se usa se desgasta. Lo usado se deteriora. Sin embargo, es necesario que, cuando se trata de la vida, la repetición no lleve al empobrecimiento. Las funciones vitales deben cumplirse como si el movimiento y la producción de que se trata, brotase ahora por vez primera, nueva y juvenil.

Consideremos bajo este aspecto la posibilidad de hablar al hombre de hoy en forma fructuosa. En seguida percibimos la dificultad: *el lenguaje está gastado*. Una propaganda irreflexiva y cargada de superlativos en los negocios, en la política, en el deporte, ha terminado por embotar la sensibilidad para la misma predicación religiosa. Un torrente ininterrumpido y alocado de palabras que saltan de la prensa y de la radio, ha saturado espiritualmente a los hombres, desespiritualizándoles, e incluso les ha vuelto desconfiados frente a toda clase de información. Esta desconfianza paraliza la vida íntima del hombre actual mucho más de lo que él puede percibir en forma consciente.

La palabra ya no *impresiona*.

De aquí la necesidad de llenar cada frase de un contenido nuevo y sustantivo. O, según dice Mounier, la palabra debe hoy producir escándalo, si se quiere que el hombre atienda realmente a ella.

4

Renovar nuestro lenguaje religioso

La necesidad de renovar y esencializar el lenguaje es particularmente acuciante en el campo religioso. Un peligroso consumo de superlativos devotos insuficientemente controlados, el ejercicio de la predicación sagrada en

forma tantas veces anodina, mecánica y superficial, incluso dentro de la celebración de los Misterios del culto (y ésto precisamente en un mundo que está viviendo una peligrosa pérdida de sentido de lo sustancialmente religioso), contribuye a robar fuerza incluso a la misma palabra religiosa. En otros casos ha hecho nacer en muchas almas el cansancio y hasta la desconfianza en las promesas, afirmaciones y sermones de los predicadores. Porque, ¿cómo pueden ser plenamente verdaderas estas elevadas palabras, cuando los predicadores y los oyentes muestran en forma tan mediocre el esplendor de su supuesta fuerza transformadora?

Sin embargo, tiene importancia decisiva el que se logre una auténtica renovación de la predicación cristiana. El que la verdad cristiana haya estado viva en otro tiempo e iluminado al mundo, no nos ayuda —sin más— a nosotros. Las palabras de Cristo son espíritu y vida, no están ligadas a la temporalidad. Pero, en su formulación humana, sí que están condicionadas por el tiempo. Por eso se requiere que en cada momento histórico la exposición de la revelación participe de tal manera de aquella intemporalidad, que nos resulte aún hoy actual y apta para vivificar de nuevo al mundo.

En nuestro ambiente, y dentro de nosotros mismos, ha cambiado profundamente el suelo espiritual. Donde antes vivía la "Cristiandad" se mueven hoy hombres que viven de reminiscencias cristianas, una sociedad que conserva solamente algunas costumbres cristianas, pero que ya no vive cristianamente. Está seriamente amenazada la sustancia cristiana y hasta los estratos profundos donde ella tenía echadas raíces y de los que se nutría.

El mundo ha apostatado; sólo conserva algunos jirones de un vestido semi-cristiano.

El ambiente cristiano-eclesiástico no es una excepción. La herencia cristiana, aún en aquellos que son todavía cristianos y eclesiásticos, incluso en los mismos ministros de la Iglesia, ha perdido mucho de su fuerza. Nosotros

los “creyentes”, ya no tenemos una fe tan inquebrantable como la de nuestros abuelos.

Y, sin embargo, todavía seguimos hablándonos a nosotros mismos y a los creyentes actuales como si nosotros y ellos poseyésemos una fe totalmente inquebrantable.

Nuestra acción pastoral se desarrolla en un peligroso “como si”.

Esto no puede conducir a nada bueno. Los incrédulos se mofan y los creyentes se tornan débiles a la hora de la tentación.

De aquí nuestra conclusión: ningún entusiasmo beato —fácil de suscitarse y rápido en desaparecer—, debe hacernos confundir la piedad, ni ver o aprobar inconsideradamente cualquier cosa como devoción y santidad. Sólo debe ser predicado lo que ha sido diez veces sometido a prueba y ha sido hallado totalmente auténtico. Únicamente así brotará de nuevo la confianza y se comunicará la verdad en su fuerza originaria.

Nuestro tema es Francisco de Asís, el grande, amable santo; el siervo fiel, seguidor, imitador del Crucificado y su reproducción viva.

Aquí, más que nunca, parece condenado al fracaso el lenguaje que intente tocar el corazón fríamente crítico del hombre actual.

Porque, surge en seguida la pregunta seria, apremiante y hasta inquietante para el que tenga un poco de experiencia: ¿cómo se podría hablar sobre Francisco al hombre moderno, de modo que éste *oiga* realmente, en lo íntimo de su alma, que oiga de *modo que* se diga a sí mismo: esto va para ti, y aquí y ahora, esto tienes que llegar a realizarlo tú en tu misma vida?

No "exaltarse" ante Francisco

Pero, nos encontramos todavía con otra dificultad. Estamos separados de nuestros antepasados de la Edad Media por multitud de experiencias. Muchas de estas experiencias han llegado a formar parte constitutiva de nuestro modo de ser; lo cual hace difícil para el hombre actual el comprender adecuadamente la Edad Media y entrar en fructuoso diálogo con ella.

Sólo un dato, para no salirnos del campo religioso: el desenvolvimiento de los últimos ocho siglos ha robado a los hombres muchas ilusiones. Cuando, ya en vida de Francisco y, sobre todo, después de su muerte, la imponente originalidad de su figura entró en la conciencia de Occidente, en la conciencia de una humanidad que precisamente en los siglos 11-12 había logrado la plenitud de su personalidad colectiva y había encontrado su propia forma de expresión, era entonces esta conciencia tan joven, tan libre aún de desilusiones, que los hombres todavía podían creer en un cambio repentino y definitivo de la Cristiandad, que llevase a ésta a la plena e integral realización del Reino de Dios.

Con nostalgia en el alma leemos en Celano la esperanza, casi la vivencia, de esta nueva transformación de la Iglesia hacia su plenitud, por obra de Francisco.

Hoy día la historia, dirigida por Dios, nos ha hecho más cautos. ¡Y con razón! Sabemos que no se da ninguna *conversión general y repentina*, y que el retorno a Dios nunca será *definitivo* en este mundo, como Francisco y sus contemporáneos podían creer todavía.

Cierto que toda grandeza humana será siempre algo impresionante para los hombres. Y sin duda que pocas figuras de santos podrán hablar tan fácilmente y en forma tan inmediata a los hombres actuales como podría hacerlo Francisco de Asís. Ni hay nada más fácil que hablar de Francisco con unción, con entusiasmo y en

forma "edificante", en el mejor sentido de la palabra.

¡Qué tema! : ¡El Pobrecillo alegre! ¡El admirador de la naturaleza! ¡El peregrino del mundo, libre e incansable! ¡Qué vida! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué fuerza dramática y simbólica la de esta figura!...

Pero, ¡no nos hagamos ilusiones!

Nunca debería ser más sobrio nuestro entusiasmo y nuestra expresión más concisa y cauta que cuando nos acercamos a Francisco. Nos acecha el grave peligro de caer en frases huera; y tanto más grave es este peligro cuanto que la literatura moderna describe con demasiada frecuencia a nuestro Santo en forma panteísta y lo malentiende sustancialmente. El Pobrecillo de Asís se hace simpático como trovador amable y delicado, como estímulo para la complacencia estética o simplemente sentimental, en un ambiente de Florecillas. Pero, Francisco *no* es eso precisamente.

Ante Francisco de Asís no hay que "exaltarse". Sería la mejor manera de no entender a un hombre como él, que jamás quería enseñar con palabras, si antes no había practicado rigurosamente aquello que predicaba y exhortaba.

Lo primero que este inflamado Serafín exige a quien se acerca a él es una honradez sobria y exacta. Aunque no sea más que el reconocimiento modesto de la indignidad para hablar sobre él.

6

Un peligro: lo "emocional"

Queda otra dificultad todavía más profunda. Debemos reconocer que en la vida de Francisco acaecen hechos que nos suenan increíbles, raros y hasta desconcertantes. Hay también allí mucho de exaltación que, al menos en un primer momento, nosotros no podemos

admitir honradamente. Lo cual está en abierta contradicción con algunas de las anteriores afirmaciones.

Es necesario, por tanto, que lo expliquemos con más precisión.

El Nuevo Testamento proclama las grandezas del Señor en un lenguaje llamativamente sobrio. Exige la plenitud de la perfección; habla de alegría, de un rico galardón, del amor más elevado; pero, se guarda bien de toda exaltación, incluso cuando informa sobre hechos sorprendentes. A esta sobriedad se debe gran parte de su fuerza persuasiva.

Con Francisco ocurre muy de otra manera.

Cierto que no debemos confundir a Francisco con sus biógrafos ni con el modo de hablar de éstos. San Francisco es incomparablemente más duro que sus biógrafos, los cuales muchas veces envuelven o pretenden envolver la áspera realidad de su biografiado bajo los velos del entusiasmo.

Cuando se pasa de las palabras que el mismo Santo ha hablado o escrito, a las de sus biógrafos, se experimenta un sorprendente cambio de clima. Sin duda nos queda del Santo el *Cántico del Hermano Sol*, en el que se desborda todo un mundo de sentimientos y de adoración. Sus bendiciones rebosan de comunicación amorosa. En ellas la proximidad del amor humano se funde con la caridad que fluye desde el Crucificado a los hermanos "benditos", partícipes de una misma redención. Es un hecho que, cuando Francisco predica, habla en él todo el hombre y llega hasta "danzar" de entusiasmo. Era un auténtico poeta, que podía desahogarse horas enteras cantando.

Y, sin embargo, lo que determina el rasgo fundamental de su figura es algo distinto. Francisco habla en forma sobria y mesurada, que no es lo mismo que seca y prosaica. Sus frases están en gran parte formadas por palabras de la Sagrada Escritura ³. Y aún aquello que añade de suyo (como doctor en el Reino de Dios, que

saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo (Mt. 13, 52), está tan hondamente impregnado del espíritu y de las mismas formas de expresión de la Biblia, que la plenitud, la perfección y el ardor están formulados de modo muy ceñido a la realidad objetiva.

La diferencia entre Francisco y sus biógrafos es grande. Con todo, puede darse por completamente seguro que las primeras biografías (sobre todo la de Celano y, en la reproducción fiel de la imagen interior, también la "Leyenda de los Tres Compañeros") nos dan, en lo esencial, el Francisco auténtico e histórico. En sus diversas partes se apoyan mutuamente y quedan completadas y confirmadas por otras tradiciones. Son, además, profundamente verídicas, viven de observaciones propias, prolongadas durante años. Y, sobre todo, lo que ellas describen y tal como lo describen corresponde de lleno y totalmente a lo que Francisco realizó.

Únicamente *un amor ardiente, alimentado por una fe inconmensurable* —tal como la proclaman continuamente los biógrafos— estaba en situación de producir durante largos años, una imitación del Crucificado tan estremecedora y aniquiladora de sí mismo. Solamente ella puede explicar el impacto que Francisco imprimió en toda una época histórica.

Si queremos captar al vivo lo que fue este hombre santo, debemos atenernos a las palabras de estos primeros biógrafos. Sólo ayudados por ellas podemos comprender aquel entusiasmo que fluye de las santas, sobrias palabras de la Regla y, especialmente, del Testamento del Santo. Y, a la inversa, sólo a la luz de este entusiasmo se revela la fuerza interior de ambos documentos.

Pero, el lenguaje de los biógrafos está lleno de expresiones e imágenes que propenden a cierta exaltación:

"Desde este momento quedó su corazón herido y derretido « con el recuerdo de la Pasión del Señor" ».

El Señor derramó sobre él una alegría indecible, le iluminó con una luz extraordinariamente resplandecien-

te. Todo inflamado en esta llama, queda él lleno de alegría y ardiendo en el fuego divino 6.

“Con tanto ardor y tan de lo íntimo del corazón amaba Francisco a Dios que sólo con oír su nombre quedaba *interiormente derretido*”; “arreatado en Dios por el ardor de sus seráficos anhelos, la ternura de su compasión le transformaba en el Crucificado” 7.

Enajenado, sordo a cualquier otra cosa, camina Francisco a través de las obras que Dios realiza en él, en medio de un torrente de amores 8; o también “como embriagado por el Espíritu, en el ardor de su espíritu” 9; en la “embriaguez del amor divino”. “Tan grande era entonces en él la dulcedumbre del amor de Dios... que quedaba sin hablar, incapaz de dar un paso” 10.

Su alma se derretía de amor 11. Una dulzura inmensa le inundaba 12. La Pasión del Señor Jesús le hacía prorumpir en hondos suspiros. Frecuentemente, casi de continuo, lloraba con amargura 13, de modo que su alma estaba bañada en lágrimas 14.

Llevaba el nombre de Jesús en su corazón, en su boca, en sus oídos, en sus labios, en sus manos, en todos sus miembros 15. Cuando lo pronunciaba se conmovía en forma indecible y parecía hombre de un tiempo nuevo... 16.

Como se ve este mundo sublime era, sobre todo, sentimiento; más aún, sentimiento desbordante. Oímos un lenguaje elevado, pero fuertemente emocional, con tendencia a la blandura, cargado de superlativos.

Se podría muy bien preguntar si el hombre actual está todavía abierto a este lenguaje de dulzuras, ardores y lágrimas, de modo que le llegue a impresionar a fondo, más allá de la impresión momentánea y sentimental.

Francisco, hombre "desconcertante"

Pero, no hemos agotado todavía las dificultades.

Por las fuentes contemporáneas sabemos que algunos tenían a Francisco (como también a los Hermanos que le imitaban) por locos y beodos, y se lo manifestaban en forma inequívoca con hechos y palabras.

Sabemos que los tales desconocían al Santo. Pero, tal error nos sugiere otra idea, que es acertada. Francisco era realmente un *loco* de nuevo estilo en el mundo; *quería* serlo y lo decía expresamente. El era distinto del mundo hasta el absurdo.

Tropezamos en Francisco con palabras y hechos que parecen no tener ningún sentido razonable. Este "sin-sentido" debemos tenerlo cuidadosamente en cuenta, sin pretender dejarlo de lado con demasiada precipitación:

¿Qué sentido razonable tiene el que el Santo bese a un leproso? Es una acción que, en realidad, nada aprovecha al enfermo y que, en cambio, trae sobre los sanos y sobre los que rodean al enfermo la amenaza punible de un terrible contagio.

O cuando en los "Saludos a las virtudes" se tropezamos con estas líneas escritas bajo el impulso sublime de la oración: "Reina sabiduría, el Señor te guarde con tu hermana la santa sencillez! ¡Señora, santa Pobreza, el Señor te guarde! ¡...Dama santa caridad, el Señor te guarde con tu hermana la santa obediencia!" ¿Qué puede significar esto en *términos claros y precisos*? ¿Tiene ello algún sentido, o es un balbuceo inarticulado y confuso que brota en medio del "abandono" de la oración?

Y, ¿qué puede significar propiamente el hecho de que Francisco, cuyas alabanzas a Dios oímos pregonar en el *Cántico del Hermano Sol*, predique con toda seriedad a las flores, como si ellas tuviesen inteligencia?

Porque, en tal caso, no alaba él a Dios en la crea-

ción y mediante la creación, sino que a la mies de los campos, a los viñedos, a las rocas y bosques, a los hermosos paisajes, a los ligeros riachuelos, a los jardines, tierra y fuego, al aire y al viento... a todos invita él, con la más ingenua simplicidad, a *amar* a Dios y a *obedecerle* con corazón alegre ¹⁹. Después de la primera predicación a las aves, se reprende a sí mismo por su negligencia en no haberlo hecho antes..., “y desde aquel día predicaba a todos los pájaros y reptiles, incluso a los mismos seres inanimados... Y diariamente experimentaba su docilidad” ²⁰. Y, a la inversa, con toda seriedad exige Francisco que el hombre virtuoso haya de estar sujeto a las fieras y animales, de modo que éstos puedan hacer de él lo que quieran ²¹.

En otros casos Francisco buscaba un contrapeso a la profunda y siempre creciente veneración que le tributaban las gentes. Y así mandó por santa obediencia a uno de sus frailes que le insultase duramente, como si fuese un zángano inútil. Cuando, por fin, el fraile, en contra de su íntima convicción, se resuelve a ejecutarlo, Francisco le alaba diciendo: “Todo lo que sobre mí has dicho, es verdad” ²². Palpamos aquí la desbordante humildad y la delicada preocupación de no disminuir en un ápice el honor de Dios con una confianza en sí mismo que le hubiera hecho olvidar su condición de pecador. Pero, ¿cómo justificar un tal mandato? ¿No se esconderá algo oscuro y morboso en todo esto?

¡Sería una ligereza juzgar esta pregunta como una pedantería!

Para el hombre moderno hay aquí dificultades que es preciso señalar. Si ellas detienen un momento nuestro paso, es para proseguir luego la marcha con más honradez hacia el Francisco auténtico. Debemos ver al Pobrecillo de Asís como realmente era. Sólo *entonces* podemos saber si queremos otorgarle nuestro sí, y si tenemos el valor de hacerlo.

En la lejanía todas las aristas pierden aspereza. Tam-

bién la reducción de perspectivas que implica todo estudio histórico produce fácilmente el mismo efecto. Precisamente por esto algunos historiadores hablan con poca reflexión sobre guerras y otras tremendas catástrofes, cometiendo con ello una falsificación de la verdad objetiva. En los acontecimientos hay que considerar no sólo su valor histórico y su importancia relativa en orden al destino común de los pueblos y naciones; se han de ver y sentir las cosas tal como ellas fueron vistas y sentidas cuando acontecieron.

El hambre, hambre negra que pasó Francisco durante días enteros y en diversas ocasiones, fue cosa dura. El dormir sobre el suelo, sin otra manta que la áspera túnica que cubría su cuerpo, después de que tal vez una lluvia fría había calado los harapos y que poco o nada se podía mendigar para acallar el hambre— todo esto era extremadamente duro. La suciedad es siempre suciedad, aún cuando la inconmensurable amplitud espiritual y la libertad interior del humildísimo y sobrehumano Francisco, por su parte, la despreciase como nonada.

Y así —para citar otro ejemplo— no estaba precisamente muy claro el que el gran Papa Inocencio III hubiese de recibir con entusiasmo al Santo y al grupo de frailes acompañantes, con aquella facha miserable: este hombre mísero y desconcertante, que se presentaba a él con el pelo desgredado, descuidada la barba, con una túnica remendada, donde tal vez se veían aún los rastros de una noche pasada sobre la desnuda tierra; que pretendía que al dinero se le había de considerar como si fuese estiércol.

Muy explicable también el que más tarde el cardenal Hugolino, que ya había comprendido cariñosamente al incomparable, durante la “danzante” prédica del Santo ante el Papa, estuviese rezando, a fin de que “aquella simplicidad no terminara en el ridículo”²³. ¿Se debe tomar en serio cada una de las escenas de la vida de Francisco: Que abrazó a un leproso maloliente y contagioso;

que iba de casa en casa mendigando la comida, allí donde poco antes había celebrado fiestas rumbosas y distinguidas; que al ver en la escudilla aquella mezcla de desperdicios, temblaba de náuseas. Se debe intentar revivir con la imaginación y en toda su viveza, la pobreza estremecedora que él vivió en San Damián...?

Hay, sin duda, respuestas para estas preguntas. Y la primera es ésta: Precisamente, por estas y otras singularidades, la fuerza atractiva del Santo se acrecienta hasta llegar al entusiasmo. Y esto demuestra también lo sobrehumano de esta incomprensible explosión de santidad y la incomparable fuerza de sugestión que su locura tiene para el mundo. Porque en él se manifestó la fuerza de un amor heroico, el idealismo absoluto de un corazón en el cual realmente se renovó el misterio de la Cruz.

Pero, no queremos alejar tan pronto de nuestra mente las "singularidades" de Francisco. Nos vendrá bien para nuestro intento ²⁴.

En forma un poco burda se podría, tal vez, decir: quien no comienza por sentir algo así como estremecimiento ante la realidad enorme que frente a él se levanta, quien no "choca" con esta fuerte negación de la imagen común del hombre, ése no ha encontrado el camino recto que conduce a Francisco. Le desconoce, aunque él mismo fuese un santo. Y, ¿no le movería la fuerza del común amor a Dios a inclinarse, temblando de amor y sorpresa, ante tanta limpieza? (Cf. 2 Cor. 11, 16 ss.).

Porque en Francisco se ha hecho real y sensible, con rudeza implacable —sin atemorizarse ante ningún exceso ni ante ningún ridículo— la desconcertante locura de la Cruz.

Un Mensaje para el hombre actual

Nos encontramos, pues, aproximadamente en esta situación: El hombre frío, desilusionado y escéptico del siglo 20 debe, si quiere llegar hasta Francisco, adaptarse a desacostumbradas expresiones de ardor y derretimiento, perfume y dulzura. El hombre moderno, secularizado y de fe débil, debe entrar en una atmósfera de palabras y acciones llenas de amor de Dios en forma sobremañera extraña, que nada tiene que ver con la lógica racional. Si se quiere lograr este contacto debemos, en todo caso, cumplir las exigencias ya mencionadas. Es decir, mantenernos sobrios, auténticos y completamente fieles a la verdad, incluso cuando nos encontramos con aquellas expresiones hiperbólicas y fulgurantes. Porque el Pobrecillo de Asís conocía el amor tierno, pero —es preciso repetirlo— sólo bajo la forma dura de la Cruz. Es impresionante ver cómo, hasta el momento de la impresión de las llagas, su júbilo sobrenatural, lleno de dulce alegría comunicada directamente por Dios—, está ligado a una simultánea con-pasión y con-crucifixión con el Crucificado, en forma muy real y dolorosa.

Aquí está lo decisivo que hemos de aprender de Francisco. Cristianismo no es sólo Cruz, pero es esencialmente Cruz. Hoy muchos quieren hacer inofensivo al Cristianismo, pero así lo falsean.

Tal sucede, por ejemplo, cuando el Mensaje cristiano, en plan de justificación apologética, es presentado en perfecta conformidad con las exigencias de la naturaleza, del espíritu y de la historia, de modo que desaparezcan su tremenda dureza y escándalo.

Pero, es esencial al Cristianismo el que sea locura y tropiezo para el mundo. Y así lo exige Cristo: padre y madre, hermanas y hermanos, marido, esposa e hijos, ojo y mano, el mundo entero y hasta la propia vida...

todo hay que estimarlo como nada, frente a lo *único necesario*, el Reino de Dios y su justicia.

Se pide mansedumbre y obediencia, y soportar la injusticia, y renunciar a la fuerza y al dominio. Es alabada la pobreza, mientras que la riqueza se declara ser una amenaza de eterna ruina.

Hay que perder la vida y no querer salvarla. No hay que odiar al enemigo, sino amarle como a sí mismo. No cuenta el reino de este mundo, sino el reino de los eternos tabernáculos.

Y esta es la misión de San Francisco para todo tiempo: Enseñar a ver, una vez más, lo que constituye la esencia del Mensaje cristiano, su locura y su escándalo. Pero, enseñar a verlo como objeto de amor y capaz de hacer desplegar las energías más sublimes. No es fácil lograr esto. La vida sólo brota fuerte cuando uno se la juega. Y sólo se renueva cuando se entrega uno al sacrificio.

9

Francisco hombre "peligroso"

Todavía encierra otros enigmas esta misteriosa figura.

Francisco opera una profunda renovación del Cristianismo. Pero —hay que reconocerlo— constituyó también un peligro. La dinamita es siempre peligrosa. Y Francisco era dinamita. Su idealismo era absoluto, sin compromisos. Precisamente por eso, en más de una ocasión, no tuvo la más mínima atención para las necesidades naturales de los hombres, ni para las exigencias sociales. Hizo saltar, con extremada audacia, el equilibrio de las fuerzas humanas y su modo de encauzar la vida dentro del acontecer histórico. Y sin duda es exacto decir que la Iglesia, con las limitaciones impuestas al ideal del Santo, salvó precisamente este ideal.

Pero era inevitable que algunos no lograsen alcanzar esta prudente moderación.

Allí donde se luchó contra la atenuación del ideal —entre los espirituales exaltados— se agudizó el peligro que encerraba el ideal de Francisco. Se desataron aquellas luchas que fueron una afrenta para el ideal al que pretendían defender: el ideal del absoluto idealismo de San Francisco dentro de la religión del amor. Estos hombres no tuvieron fuerza para defender este ideal como Francisco lo había hecho: callando, aguantando, obedeciendo. En su fanatismo religioso dieron el paso hasta la rebelión activa.

No se les puede disculpar. Pero ellos ponen de manifiesto la profunda problemática que contiene el ideal de Francisco, mientras los hombres sean hombres y no ángeles.

10

Atractivo y salvación para nuestro tiempo

No ofrecería especial dificultad enumerar ahora, desde el punto de vista de un creyente cristiano, lo que le falta al mundo de hoy y lo que éste puede encontrar en Francisco, y darse así por satisfecho.

Pero, eso estaría poco conforme con la manera de ser de San Francisco. Porque, en primer lugar, esto no implicaría compromiso ninguno. Además, tendría bien poco de aquella respetuosa e interna libertad del Santo con la que veía a los mismos infieles dentro del plan de salvación. Tendría muy poco de aquella amorosa reserva que sabe muy bien que, muchos que nos parecen a nosotros miembros del diablo, algún día llegarán a ser discípulos de Cristo ²⁵. Poco de la mesura de aquél que, por una parte, se entregaba con ardimiento a conquistar a todos para la fe cristiana; pero que, al mismo tiem-

po, exigía que no se emplease la violencia; que incluso no se deseara que el otro fuese sino como Dios quería que fuese: Cuando los hombres te ocasionen dificultades “ámalos como son y no quieras que sean de otra manera, sino en la medida en que el Señor te lo concediere. Más aún, ámalos precisamente por eso, y no alientes el deseo de que —para complacencia tuya— se hagan mejores cristianos” 26.

Nuestra aspiración sería, pues, ésta: hacer ver aún al hombre incrédulo —si conserva todavía un alma noble—, que Francisco puede muy bien ser un medio de salvación para nuestro tiempo.

Pero, también para esto hay sólo un camino: No encubrir las singularidades, ni menos aún las asperezas del Santo, sino describirlas, sacar a plena luz el inagotable fondo de encendido amor que las sustenta, y desde allí hacer ver los valores por los que, a pesar de todo, sienten nostalgia muchos hombres de hoy. Al lado de Francisco, a pesar de la incomprensible grandeza de sus empresas, éstas se presentan como posibles y llenas de atractivo. Porque el hombre queda *totalmente* comprometido en ellas y porque en él y en torno a él se descubre otro horizonte más amplio, en el cual puede realmente respirar el hombre: el amor de Dios.

11

Hablar de Francisco orando...

Una última advertencia preliminar.

Es arriesgado entrar en tratos con Dios. También es arriesgado tener trato con los santos.

No se puede estudiar ni describir seriamente a un santo, ni se pueden alabar las maravillas de la gracia que en él acontecieron y a la que él correspondió hasta la heroicidad, sin que, al mismo tiempo, haya que aguantar

el juicio que sobre nosotros dictan sus palabras y sus obras.

Y ¿cómo es que no realizamos en nosotros mismos nada de esta santidad? ¡Por tu misma boca te condeno!...

Fuera de lo que es crítica puramente científica, para hablar honradamente sobre un santo, hay que hacerlo en actitud orante. Esto vale para Francisco más que para ningún otro. Pero, hablar orando quiere decir —en términos cristianos— hablar con espíritu de arrepentimiento, del “mea culpa”, de confesión del propio pecado, como habló el pobre publicano. Vamos a intentar hacerlo así, bajo la protección del Santo poderoso, a quien dedicamos en este momento nuestro recuerdo.

II

PERSONALIDAD DE FRANCISCO

1

El hombre de una nueva era

Salta a la vista la influencia de Francisco en su tiempo y en la época inmediatamente siguiente. Francisco pertenece a las fuerzas elementales del siglo 13, es uno de esos hombres que hacen época en la Historia.

En este incipiente siglo 13, que nosotros consideramos como la cumbre gloriosa, el punto culminante de la Iglesia medieval y de la gloria del Papado —pero que las fuentes biográficas de San Francisco consideran como una época sin caridad y sin fe—, en este tiempo es Fran-

cisco un relámpago que fulgura *inesperadamente* y hace visibles cosas insospechadas y hasta entonces nunca vistas. Como un *terremoto* que sacude violentamente los elementos y hace posible la aparición de formas de vida cristiana completamente nuevas y desconocidas, con una plenitud insospechada y una novedad originaria. Tenía él algo de aquel *fuego* que el Señor trajo en otro tiempo del cielo, para que quemase, y que ahora, de pronto, se inflamaba, calentaba y quemaba con inesperada vehemencia y pureza: un nuevo comienzo puesto por Dios para transformación de la Cristiandad.

Las palabras que del Santo poseemos y otros documentos sobre su íntima naturaleza y actividad muestran, ante todo, que vivió experiencias completamente desacostumbradas, inauditas, originales, estremecedoras ²⁷.

Los hombres de su tiempo vieron en Francisco al hombre de una nueva era; como algo enigmático y desconcertante, como una inquietud que oprime y amenaza. Fascinante y repulsivo, jovial y estremecedor, atrajo hacia sí Francisco los ojos de todos y los anhelos de muchos.

2

Francisco fruto de la gracia

Francisco vivía esencialmente a impulsos de fuerzas *sobrenaturales*. Es un fruto de la gracia, una creación de la fe, esperanza y caridad que le fueron infundidas en forma abundante y que él asimiló con esfuerzo heroico.

En Francisco se verifica, con absoluta autenticidad, de modo consolador y desconcertante a la vez, la paradójica fecundidad del Evangelio: perder para ganar; buscad primero el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura. El grano de trigo debe morir, si ha de dar fruto.

Francisco oraba y hacía penitencia; vivió el Evangelio y el mundo se renovó.

Nada de lo que encontramos en Francisco es algo puramente natural. Incluso su amor a la naturaleza y a los animales, su alegría, su dureza y su ternura, *todo* está inmerso en Dios. Francisco, ya en esta vida, participó, en cierto sentido, de aquella misteriosa penetración del Creador en todo lo creado, en virtud de la cual Dios está más íntimo a cada cosa que ella a sí misma. Penetración misteriosa que nosotros llegaremos a comprender únicamente en el cielo, cuando veamos a Dios como El nos ve (1 Cor. 13, 12), y de la que Francisco participaba ya, en cierto modo, aquí abajo.

Todo esto es demostrable y volveremos sobre ello más adelante.

Pero, en el fondo, Francisco es incomprendible desde el punto de vista de la razón. Nuestra principal tarea ha de ser contemplarle, ponerlo al alcance de nuestra mirada interior. Y lo contemplado obrará entonces en conformidad con la fuerza que en sí contiene.

Con todo debemos intentar comprender, aún racionalmente, lo mejor posible, las fuerzas que en él obran y el recíproco entrecruzarse de las mismas.

Y también aquí deberíamos aprender de Francisco.

Cuando Dios comenzó a actuar en él en forma misteriosa e inescrutable, meditaba sin descanso qué podría ser esto y qué querría Dios de él. Idéntico fue su comportamiento cuando la visión de la impresión de las llagas le sumergió en el más hondo abismo de dolor y le levantó a la más alta cumbre de la seráfica alegría.

Fuerza inmensa de su vida interior

Ya desde el primer momento ilumina nuestra investigación este hecho: Que siendo Francisco, a todas luces, una fuerza histórica de primer orden, con todo no se deja *explicar* con facilidad.

De hecho existe una singular discrepancia, muy llamativa, entre la enorme impresión que su persona causó en sus contemporáneos y su obra renovadora del mundo, si lo comparamos con lo que podemos decir sobre su vida, según lo que dan de sí los sucesos y hechos externos de la misma.

Impresionantes y dignas de atención son las diversas etapas del proceso de la conversión y algunas de ellas poseen una fuerza penetrante y conmovedora: Francisco que besa al leproso; la emotiva escena de Francisco desnudo ante su padre Bernardone y el Obispo de Asís, escena que es la más radical realización de las palabras del Señor: "Yo he venido a levantar al hombre contra su padre..." (Mt. 10, 35 ss.).

Posteriormente encontramos todavía alguna que otra escena de singular importancia: las audiencias en la Corte papal; el encuentro con el Obispo Hugolino y con Clara; el viaje a Oriente; en general, los Capítulos de la Orden, descritos algunos con rasgos más precisos; y, sobre todo, la impresión de las llagas. Finalmente los escritos del Santo: el *Cántico del Hermano Sol*, el Testamento, algunas oraciones y cartas, y sus Reglas.

Todo este conjunto de cosas no parece ser suficiente como para dar un impulso a la historia universal.

Pero, precisamente esta falta de acontecimientos de primer plano es ya de por sí significativa: nos remite totalmente a fuerzas de lo alto y de lo profundo, a realidades que acaecen en el secreto del alma: el Reino de Dios está dentro de vosotros (Lc. 17, 21).

Propiamente lo que queda como único en esta vida es esto: la oración inmersa en una heroica mortificación ²⁸.

No es fácil comprender este hecho en lo que tiene de peculiar y en sus consecuencias. Reflexionemos:

Cuando poco a poco se fueron uniendo a Francisco algunos hermanos, seis, siete; cuando luego llegaron a ser docenas y hasta centenares, ¡qué fuerza formadora, inimaginable para nosotros, debió poseer aquella vida interior, aquella oración, para llenar la existencia del Santo mismo y luego la vida de la primera Comunidad—según refiere Celano—! Y esto en un tiempo en que faltaban las prescripciones externas, toda organización de actividades, una elemental distribución apropiada de la jornada que hiciese fructificar las varias dotes personales de los frailes. Faltaba incluso cualquier actividad apostólica regulada, que diese una ocupación continuada a la vida de aquellos hombres...

El peligro de disipación era grande. Y algo de este peligro se percibe ya en la forma impresionante con que el Santo amonesta contra la ociosidad. El ardor vivificante, la fuerza educadora de esta existencia orante, debió de ser superior a todo lo imaginable.

Intentemos captar más de cerca su fisonomía interna.

4

Transformación total de Francisco

Nuestra anterior observación coincide con el Nuevo Testamento en que hace descansar el misterio de toda fuerza humana creadora en la renovación continua, en el *nacer de nuevo*, en la transformación, en la conversión.

El *grado* de potencia creadora es aquí tanto mayor cuanto con mayor satisfacción se haya superado la prueba de la roturación del terreno y la hondura de los estratos lograda en el sondeo.

En Francisco fue transformado *todo su ser*. ¡Y qué ser! Las diversas alusiones, indicaciones, informes concretos de Celano, de la “Leyenda de los Tres Compañeros” y de algunos otros, permiten revivir o al menos barruntar el maravilloso proceso de transformación de una de las más grandes almas que ha poseído la humanidad ²⁹.

Observamos primero un lento brotar, luego un apremiante crecimiento y un extraño, misterioso desbordamiento del hombre interior: un vacío interior que progresivamente se va haciendo sentir y una inquietud que se acrecienta. Lo más profundo del ser de Francisco está en trance de brotar; *busca* con todo su ser, inquieto el corazón hasta que descanse en Dios.

Camina pensativo. A veces escucha la voz interior tan ensimismado, que no acierta a dar un paso ni a proferir una palabra, sordo a todo. Comienza a respirar en una atmósfera desconocida...

En medio de este vacío irrumpe de pronto la interior visita del Señor, que le anega, le colma, le conmueve llenándole de la *fuera* de Aquél que le habla interiormente. Todo él fuera de sí por la alegría y todo recogido en sí mismo. Hasta que llega a dominarse, mejor, hasta que Dios se apodera totalmente de él ³⁰.

Al mismo tiempo su alma está desgarrada por la angustia y su cuerpo por los dolores. Y ni siquiera se ahorra la pena más dura, la pena de que su alegría le sea quitada de nuevo ³¹.

Con esta profundidad cumple Francisco la exigencia fundamental del Nuevo Testamento, la llamada a la conversión (=metanoia). Incluso se puede decir que tuvo lugar en él una nueva creación: basta comparar las débiles fuerzas psicológicas y espirituales del joven rico de Asís, cuando todavía vivía en el pecado, con el héroe de la santidad que se yergue hasta las estrellas; que —según el sueño que de él nos cuenta Celano— doblaba con facilidad hasta el suelo el alto árbol de la Iglesia

o de la Orden; el hombre nuevo de una nueva era, como le llaman sus primeros biógrafos ³².

Era una transformación que ni el Santo mismo podía comprender ³³.

Sin embargo, al fin de su vida la resume en aquella sublime confesión con que comienza su Testamento: "Cuando aún vivía en el pecado, me resultaba del todo intolerable hasta la simple vista de los leprosos. Pero el Señor me llevó entre ellos y tuve misericordia de ellos. Y al apartarme de ellos, aquello que antes me era intolerable, se me convirtió en dulcedumbre del alma y del cuerpo" ³⁴.

Debemos preguntarnos de nuevo por el sentido preciso de tales frases y no contentarnos con meras palabras. Debemos intentar comprender qué quiere decir esto de "transformación del ser". Y también, qué significa esto de preferir lo amargo a lo dulce, de modo que en la amargura de la renuncia se alcance la alegría perfecta e insospechada. Lo amargo se convierte realmente en dulce, pero de modo que *sigue siendo* amargo y doloroso! Nos encontramos frente a la más profunda compenetración de que tenemos noticia entre la alegría de saberse redimido en el Señor —tal como Francisco la vivía— y el duro sufrimiento ³⁵.

Heroica autenticidad de una transformación interior que se demuestra, no tanto en el empuje del primer amor, cuanto en el aguante, en un infatigable comenzar siempre de nuevo.

Y esto es lo que vemos realizarse en San Francisco en forma del todo admirable. Todavía en los últimos meses de su vida, después de innumerables proezas espirituales, encontrándose gravemente enfermo, decía: "Hermanos, empecemos siquiera ahora, a servir a Dios, porque hasta el presente poco hemos progresado en su servicio". Y así era él de infatigable —continúa Celano— en su tenaz anhelo de renovación espiritual. Ansiando siempre comenzar de nuevo ³⁶.

Francisco, lleno de Dios

Este generoso despliegue de fuerzas extraordinarias no es otra cosa que la expresión de la más exacta y fiel colaboración a lo que las desbordantes visitas del Señor obraban en su siervo. Francisco estaba del todo penetrado por la certidumbre de que el hombre es nada ante Dios. El no espera nada de sus propios esfuerzos. Pone toda su confianza en *Dios* 37.

Y *Dios* era la energía impulsora de esta vida.

Una frase que se pronuncia muy fácilmente. Pero, a lo mejor resbalamos demasiado ligeros sobre la tremenda realidad que ella pretende encerrar: Dios como "impulso radical de esta vida". Pongámonos lejos, muy lejos de toda sutileza abstracta; lejos de toda fe mediocre. Se intenta decir exactamente esto: Dios está inmediatamente presente en la conciencia del Santo, hasta sentir él su ardiente presencia en cada alentar, en cada pensamiento y afecto. Pero entendiendo este "conscientemente" en aquel sentido sustancial en el cual todas las potencias y facultades perceptivas del hombre *contienen* a Dios.

Dios es la atmósfera espiritual en que vive y se mueve Francisco; el Tú viviente y transcendente que le habla a él de verdad, le invita, le ama y al cual Francisco responde con su amor, su servicio y su adoración. Su ser descansa en Dios, vive en Dios.

Es sobremanera significativo el hecho de que Francisco pase horas enteras embargado en este único sentimiento: ¡Dios mío! Tan lleno de El que, al dejar la cueva en que había estado orando, parecía un hombre nuevo, distinto de antes.

"¡Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza!". La altura a la cual se ha elevado un hombre se puede medir por la nitidez con la que ha sido repro-

ducida en él esta imagen y semejanza de Dios. Y también, por el modo cómo un hombre —imagen de Dios— se ha hecho semejante a Cristo y en la medida en que ese hombre pueda ser, *en Cristo*, un ejemplar para nosotros.

Ambas cosas fueron realizadas en Francisco en tal plenitud, que ante ella las palabras resultan insuficientes. El Santo mismo ha resumido la obra de Dios en él en su escrito más genuino, el Testamento. Allí menciona la fuerza originaria que le daba impulso vital: el Dios Altísimo y el Dios paciente que le concedía la gracia de compartir con El sus dolores.

Tal es el sentido profundo que, en medio de su sencillez externa, encierra esta frase de inagotable contenido: el Señor me concedió a mí, fray Francisco, hacer penitencia.

El “Señor” a quien él invoca tan gustoso es “el Altísimo”, el Señor del universo, ante quien ora tembloroso, a quien alaba ardiendo de amor, arrobado en éxtasis.

El “Señor” a quien él se ha entregado tan confiadamente, que ya no siente ninguna intranquilidad, ni inseguridad alguna por la comida y el vestido, por el día de mañana, por el cobijo donde pasar la noche ³⁸. En forma perfecta, casi incomprensible, vive a la perfección Francisco la confianza en la providencia del Padre celestial. Sigue de un modo asombrosamente literal, cual nunca se había realizado, la amonestación de Jesús: no os preocupéis de lo que habéis de comer o beber, ni de lo que habéis de vestir. ¡La perfecta pobreza evangélica! Casi totalmente despreocupado del problema de la propiedad —porque la mira desde el punto de vista del Evangelio— se siente feliz al contacto directo del Salvador pobre. Nada de teorías, sino imitación y copia fiel: la pura sencillez.

He aquí un hombre que tuvo el valor de confiar *totalmente* en la palabra de Dios.

Un hombre "hecho oración"

Francisco vive y se mueve en Dios. Esto quiere decir también —ya lo indicábamos antes— que vive de la oración.

También el orar pertenece tan de lleno a la esencia del Santo, que podríamos decir que la oración constituye su esencia misma. Celano se atreve a decir: Cuando Francisco oraba era oración todo su ser ⁴⁰.

Su oración era mucho más alabanza que petición. De tal manera que Celano puede presentar el proceso entero de la conversión en forma de alabanza: "Dios puso en la boca del disipado Francisco el freno de las divinas alabanzas" ⁴¹.

Este *clamor de adoración* hacia Dios fue su salvación. También él cae —como más adelante Lutero— en terrores y angustias. Entonces su "refugio" era la oración y la que le permitía triunfar sobre las "acometidas" del mal. Francisco se arrodillaba y oraba ⁴². Antes de la "conclusión" de la Regla no confirmada, hay una oración. El punto ideológico de partida se encuentra en la frase cuarta: "Todos nosotros somos pobres pecadores". Y, sin embargo, su forma de orar era, ante todo, la acción de gracias; sea en forma directa, sea mediante la virgen María y los santos. En esta actitud espiritual, ampliamente abierta hacia arriba y hacia afuera, se rompe la estrechez del marco individual y es superado el peligro de subjetivismo: queda sólo alabanza, acción de gracias, adoración en el amor.

A esto responde la actitud *fundamental* de su oración: no era el despliegue de una serie ordenada de pensamientos, sino breves invocaciones, balbuceo de alabanzas al Altísimo, en un crescendo de superlativos yuxtapuestos: alabanza, adoración, glorificación...

Encontramos este modo de expresión precisamente en trozos en que más a flor de piel palpita el alma del

Santo: en el *Cántico del Hermano Sol*, en el Tedeum para fray León, en las Laudes o Sanctus que Francisco cantó con fray León, en que se encuentra esta plegaria por demás significativa: “¡Omnipotente! ¡Santísimo! ¡Altísimo y Sumo Dios! ¡Tú eres el Sumo Bien, todo Bien, Bien universal! ¡Tú eres el único Bien! A Ti te ofrecemos toda alabanza, toda gloria, toda acción de gracias, todo honor, toda bendición y todo bien! ¡Sí, todo! Amén” 43.

7

Imitó del pobre y crucificado Salvador

Pero, Dios encontró al joven rico de Asís en forma visible, en la figura del pobre y crucificado Salvador. Tocamos aquí el misterio último del gran Santo. No parece que Francisco se haya alimentado en forma especial de la lectura de las cartas de San Pablo. Pero, lo que Pablo entiende por “vivir en Cristo”, de modo que ya no viva más Pablo sino Cristo en él, esto fue realizado por Francisco en el más alto grado imaginable.

Sólo que, en la mente de Francisco, no era (o no era tanto) el Señor resucitado el que vivía en su alma. Fue el Salvador peregrino por el mundo, dolorido y pobre, el que tomó cuerpo en él. Francisco revivió en sí mismo e imitó en forma inmediata los relatos de los evangelistas y las palabras del Señor.

La edad media anterior a Francisco no había olvidado la vida terrena del Señor y sus sufrimientos. Particularmente después de Bernardo de Claraval había entrado de nuevo, como objeto del amor cristiano, en la conciencia religiosa de Occidente.

Y, sin embargo, se puede decir: Francisco descubrió de nuevo la vida terrestre del Salvador pobre y su amarga Pasión. Y tan intensamente la revivió en la pobreza

y en la compasión, que en esto ha superado con mucho a todas las otras grandes figuras del Cristianismo.

También aquí deberíamos guardarnos de hacer grandes frases que sólo a medias tomaríamos en serio.

Jesucristo, Hijo de Dios, pendiente del madero infame de la Cruz, es una locura y un escándalo para el hombre natural. Pero, la vida eterna consiste en que nosotros conozcamos y aceptemos esta locura y este escándalo como revelación del amor de Dios. Una de las características que más radicalmente distinguen al Cristianismo, es precisamente ésta, el proponer este amargo e intolerable *escándalo* como su más alto ideal y estímulo supremo del amor. Si se piensa en esto, no se olvidará la frontera decisiva que hay impuesta a toda conquista cristiana en este mundo:

No tenemos ciudad permanente...

Nada puede dar el hombre a cambio de su alma...

El que no se odia a sí mismo y a su propia vida...

El que intentase conquistar el mundo sin parar mientes en estos límites y sin amarlos —a pesar de su tremenda incomprendibilidad— como voluntad misteriosa de Dios, ese tal edificaría sobre arena.

Y, si pretende acudir al Pobrecillo de Asís para justificarse, inevitablemente lo falsea.

Si se quiere ver rectamente a Francisco —me permito repetirlo una y otra vez— nunca se puede perder de vista la Cruz y su insensatez. Y estas palabras hay que entenderlas sin paliativos, en su significado más *fuerte*. Para Francisco de Asís el Cristianismo está esencialmente ligado a la penitencia, que él entiende como una continuada y dura *ascesis*.

Cuando se dice que uno tiene que perder su vida, Francisco lo entiende al pie de la letra. Después de la escena delante del Obispo y de su padre Bernardone, se dice de él: “Desde entonces sus esfuerzos van dirigidos a despreñar su propia vida, sin tener para con ella ninguna consideración. El quería que el “camino

estrecho" de la paz fuese la recompensa a su pobreza, y que sólo la pared de carne de su cuerpo le separase, por breve tiempo, de Dios" 4.

Pero, nos falta algo por decir: ¿qué es lo que habla, desde el principio hasta el fin, en la vida de Aquél que nos obliga a llevar la Cruz en la que él mismo muere entre los espasmos de la Crucifixión? El amor, la amistad y el tranquilo abandono en las manos del Padre: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt. 11, 29).

Lo mismo sucede en Francisco. Es desbordante en él aquel amor que hace que Jesús sea para Francisco la fuente de toda alegría. Vivía con Jesús; llevaba a Jesús en su corazón, tenía a Jesús en sus labios, le oía con sus oídos, le veía con sus ojos; le llevaba en sus manos y todos sus miembros estaban llenos de Jesús.

Con gran fineza dice Karl Hase 45 que Francisco encontraba reunidas en el nombre de Jesús todas las alegrías divinas y humanas. Cuando pronunciaba este nombre, se llenaba de sobrehumana dulzura, que no dejaba sitio para otra cosa. Poseía Francisco el carisma del amor en tan profusa abundancia, que las palabras son insuficientes para expresar esta plenitud. El solo nombre de Jesús le hacía olvidarse de todo, hasta de predicar.

El Nuevo Testamento y todo lo que allí sucede no era para Francisco algo pasado. Cristo está presente aquí y ahora. Es Cristo quien dice en este momento las palabras del Evangelio a él, que las ha oído leer.

El Crucifijo de San Damián no le *recuerda* a Francisco el Señor crucificado, *es* el Señor crucificado. El habla de verdad a Francisco.

Y cuando éste oye de boca del sacerdote las palabras de la misión de los apóstoles, las entiende como dichas a él por el Señor. Con inmensa, desbordante alegría reconoce en ellas la voz del Maestro, que le enseña a él el sentido y el contenido de su vida. Escucha y cumple lo oído. Sin distingos. Sin atenuaciones. Al pie de la letra.

De esta inmediata relación con Cristo vive, en su úl-

tima hondura, el ideal de pobreza del Santo. El pobre es para Francisco un portador de Cristo; ve realmente a Cristo en él. Francisco quería ser pobre para, de este modo, ser como Cristo, ser otro Cristo en la medida de lo posible.

Francisco aprendió el seguimiento de Cristo no por reflexión, sino por contacto inmediato y directo con el Señor. Por eso desaparece en él todo legalismo de cuño no cristiano, o que fuera expresión de un cristianismo de inferior calidad, superándolo —con toda naturalidad—, desde sus raíces. Queda excluida hasta la misma *posibilidad* de tal actitud.

En esta forma de conocer había resumido Francisco lo que es esencia y centro del Cristianismo. El “comprendió” que Cristo significa la decisión absoluta y tajante entre salvación y condenación. Por eso estaba del todo compenetrado por la idea de que las palabras de Cristo y de los Evangelios había que tomarlas al pie de la letra. Como punto central de estas evangélicas palabras había tomado aquella frase que se repite frecuentemente, pero que pocas veces es entendida en la armonía que forman sus dos miembros: “Haced penitencia, que el Reino de los cielos ha llegado ya...” (Mt. 3, 21).

Francisco había comprendido la paradójica unidad que encierra esta sentencia: el advenimiento del Reino de los cielos —reino de paz y de alegría— está ligado a la “penitencia”. Lo que quiere decir: a la paz y a la alegría se llega por la penitencia, a la dulzura por la amargura.

Acabamos de oír las palabras del comienzo del Testamento, que nos ofrece una prueba de lo que decimos.

Cierto que *todos* los santos son seguidores de Cristo y, en cierta medida, reproducción del Crucificado. Pero, ¡cuántos modos de seguimiento se ofrecen a nuestra consideración! El anhelo de unirse con el Señor dolorido inunda a Ignacio lo mismo que a Francisco. Pero, en ambos deja una impronta muy distinta, tanto antes como después del éxtasis.

En Ignacio las fuerzas y luces recibidas son valorizadas al máximo dentro de un cálculo natural-racional, y plasmadas en instrucciones precisas hasta el detalle. La lucha contra el reino de Satanás es organizada dentro de una estrategia grandiosa. Ignacio reprime, por así decirlo, el sobreabundante ardor del éxtasis, para realizar cumplidamente la obra de cada día. Reflexiona y obra dentro de las categorías naturales, con las que cuenta expresamente.

Nada de esto hay en Francisco. En su heroica ingenuidad se le escapa, sin comprenderlo en gran parte, el valor natural y práctico de las cosas.

La organización de la lucha contra Satanás la reduce él a generalidades elementales, o a detalles que van siendo fijados por el crecimiento de la Fraternidad y por voluntad de la Curia romana. Podría decirse que, para Francisco, una cierta elevación sobre lo corporal era el estado normal. Se encontraba ya en estado de permanente estigmatización ⁴⁶.

8

Conciencia del pecado... y de la gracia

Desde Lutero se ha tomado la conciencia del pecado en el cristiano con extraordinaria seriedad; pero, a veces, también con demasiada estrechez, como si ella fuese el módulo básico para medir la realidad cristiana. Esta concepción no es más que un eco de aquella radical estrechez de visión con que Lutero redujo todo el Mensaje evangélico a la justificación. Cuando tomaba cuerpo en él esta concepción y la exponía y defendía con agresiva tenacidad, Lutero vivía muy unilateralmente de ciertos pasajes de la epístola a los Romanos. Sólo en forma muy insuficiente había asimilado las enseñanzas de los Evangelios sinópticos.

Pero, es precisamente en ellos donde se contiene la solución al enigma “justo y pecador” a la vez; es decir, la idea de que el hijo pródigo, el siervo inútil, son también hijos de Dios. Y que el pecador, aún en la total desestima de sí mismo, no ha de olvidar que el mismo Salvador Jesucristo pronunció también sus palabras sobre el siervo bueno y fiel.

Y esta es justamente la forma cómo está viva en Francisco la conciencia del pecado.

Francisco vive muy alejado de la forma torturante en que Lutero sintió la conciencia del pecado. Falta en Francisco la introversión morbosa. La mirada del publicano sube, llena de esperanza, hacia arriba, ascendiendo desde sí mismo hacia el Padre de las misericordias. Y, sin embargo, la conciencia del pecado es algo esencial en Francisco.

No se puede afirmar positivamente que éste, antes de la conversión, haya llevado una vida de pecado. Ni la confesión propia plasmada en el Testamento, ni las indicaciones de Celano bastan para demostrarlo.

La conciencia de los años perdidos en el siglo y en la mundanidad no le abandona. A este tiempo lo llama sencillamente “cuando yo estaba envuelto en pecados” ⁴⁷. En la *Carta a los fieles*, en forma apretadamente sintética, se pone al pecado como equivalente a “los que no hacen penitencia” ⁴⁸. Cuando, en la amargura de su alma, mira sus años pasados en el mundo, se lamenta: “Dios mío, ten piedad de mí, que soy un gran pecador” ⁴⁹. Francisco vivía en toda su hondura la amonestación de Cristo: cuando lo hayáis cumplido todo, decid: Siervos inútiles somos (Lc. 17, 10). Aún para los posteriores años de su vida vale la expresión de Celano: Se consideraba a sí mismo como un vaso de perdición ⁵⁰.

Sin embargo, todo depende de lo que entienda por pecado y de cómo se interpreten las correspondientes frases de Francisco que al pecado se refieren. Al gran Santo le pareció más tarde que toda mundanidad era

gravemente pecaminosa. La posibilidad de perder a Dios y caer en el infierno era para él —como para sus contemporáneos— no una mera posibilidad lejana, sino un peligro que amenazaba de cerca. ¡Con qué facilidad amenaza con el infierno, como a gran pecador, a un fraile que no se adapta a las exigencias de la Orden!

Estamos aquí ante una concepción que sólo es comprensible en el plano estrictamente religioso-teológico; si bien ya en el plano mismo teológico es una afirmación poco matizada y en el plano moral sencillamente inaceptable. La misma idea se encuentra también en Celano, cuando describe, por ejemplo, el crecimiento de la Orden: los jóvenes entran en la vida de perfección dejando a sus padres “en el fango del pecado”; o cuando, hablando de su tiempo, expresamente le reprocha un desconocimiento casi total de Dios ⁵¹.

Precisamente porque en la juventud del Santo no hubo una conducta pecadora en el sentido más fuerte de la palabra, por eso mismo el concepto y la conciencia del pecado pudieron ser en él más hondos. Francisco no da definiciones teológicas. Pero, sabe que su juventud fue mundana, que Dios no era el centro de su vida. Por tanto, aquel tiempo fue pecado. No se puede pensar sobre la santidad de Dios con más delicadeza que la que se pone de manifiesto en esta luminosa proclamación de la mísera condición pecadora del hombre ⁵².

Así, pues, Francisco estaba completamente penetrado de semejante conciencia del pecado, hasta el humilde aniquilamiento de sí mismo. Y, sin embargo, no hay vestigios de ideas encanijadas. Una vez más tenemos que decir: Francisco se experimenta como una pobre y total nulidad ante Dios. Pero, al mismo tiempo, posee —o más bien vive— lo que modernamente se llama “certidumbre de la salvación”.

Después de una larga y angustiosa mirada retrospectiva sobre su vida mundana, temblando ante el Señor del universo, va desapareciendo la angustia y va crecien-

do la alegría y la tranquilidad, hasta que llega a obtener la certidumbre del completo perdón de los pecados, y la confianza de hallarse en estado de gracia ⁵³.

En este estado dirige sus alentadoras palabras a la pequeña grey, que el Señor había enviado hasta los confines de la tierra.

La certidumbre de la salvación le producía aquella casi sustancial inmersión del Santo en la gracia y amor de Dios. En la última estrofa del *Cántico del Hermano Sol* imprime un sello luminoso y triunfal a esta alegría, cuando recibe a la muerte cantando:

*Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueren en pecado mortal!
Felices los hallados en tu santa voluntad:
La segunda muerte no les podrá dañar* ⁵⁴.

Como todo en Francisco, también esta estrofa se nutre de una contradicción que salta brusca y explosiva, pero, al mismo tiempo, dominada en forma magistralmente perfecta: esta certidumbre de la salvación no tiene ningún deje de temeridad. Y así fue todo a lo largo de su vida, desde el claro-oscuro del proceso de la conversión, hasta la madurez de la santidad. Cuando era bendecido por otros a causa de sus virtudes, le venían espontáneamente a los labios palabras como éstas: “¡Oh, no, todavía puedo llegar a tener hijos e hijas! No me alabéis como si ya estuviese seguro. No hay que alabar a nadie, pues el final es incierto” ⁵⁵.

La conciencia de ser un pecador, con la certeza —en medio de la incertidumbre— de la propia salvación, se completa con un tercer elemento. Descubrimos, en efecto, que a este hombre, que era la misma humildad, no le resultaba extraña una conciencia muy clara del propio valer. ¿Conciencia del propio valer? Sólo con mucha cautela se puede aplicar esta expresión a Fran-

cisco. Ninguna actitud parece convenirle menos que ésta al "pequeño Francisco".

¡Cierto! Pero, la cuestión no se resuelve con el recurso a su humildad. Más bien es aquí donde se consuma el martirio espiritual del Santo: Podía y debía temer que la Orden no correspondiese suficientemente a lo que él esperaba de ella. Sobre Francisco pesaba la responsabilidad con que Dios le había cargado. Dios le había señalado el camino, el fin y los medios. Por eso no podía cambiar una tilde de esta misión. De ello dependía la salvación propia y de los suyos, y el que hubiera de realizarse el urgente renacimiento de la Iglesia que se le había encomendado.

La conciencia que de sí mismo tenía Francisco era la de ser un indigno instrumento de Dios, conciencia de su misión de servir en penitencia. Pero una conciencia *cargada de significado*.

En él revive el concepto de *pueblo* de Dios que encontramos en Diognetes y Tertuliano y que tiene sus fundamentos en el Evangelio. Quiere reunir un nuevo y pequeño pueblo, distinto de todos los que le "han precedido". Le inquieta la salvación del mundo oriental y occidental, y se siente responsable de ella. Quería conquistar el mundo para su Señor. Era un caballero. De otra manera nunca se le hubiera ocurrido a este hombre humildísimo enviar una carta "a todos los fieles cristianos, clérigos y legos, hombres y mujeres, y a todos los que viven en el mundo", para decirles: "Como siervo de todos me siento obligado a ponerme al servicio de todos predicándoos la bienhechora doctrina del Señor" ⁵⁶.

Y aunque se admita que los destinatarios de la carta son únicamente ciertos círculos especialmente allegados a Francisco, queda en pie, sin embargo, la conciencia de una responsabilidad universal, tal como se manifiesta aquí, en el viaje a Oriente y en otras ocasiones.

Por supuesto, no hay en Francisco el más mínimo rastro de una demoníaca ambición de mando ⁵⁷.

Su incomprendible unidad interna

La naturaleza íntima de un hombre *santo* es aún menos comprensible para la razón humana que el misterio de cualquier personalidad profana en general.

Pero, no olvidemos ésto: dentro del Cristianismo, la irrupción de lo divino en el ámbito de la naturaleza o de la historia (aunque ella sea una negación tajante de lo natural e instintivo) no llega a abolir, sin embargo, las leyes del ser y del crecimiento natural. Más bien se cumple dentro de este ambiente un perfeccionamiento y sobreelevación de la realidad, hasta lograr una riqueza antes insospechada. En Jesucristo tenemos ya previamente realizada esta sublimación de la realidad.

El hecho asombroso de ser *Dios y Hombre*; la tensión inconmensurable entre la conciencia que Jesús tiene de ser Dios (con poder sobre las fuerzas de la naturaleza y sobre los pecados de los hombres), existe en El al mismo tiempo que la dulce mansedumbre, el anonadamiento propio del más humilde de los hijos de los hombres. Esta abrumadora, y al mismo tiempo fecunda y unificadora tensión de fuerzas, no tiene ningún punto de comparación en el plano de lo meramente natural.

Y, sin embargo, es aquí donde llega a su pleno desarrollo aquello que llamaríamos estructuras básicas del ser humano.

En forma del todo análoga encontramos esta misma tensión en los santos, en los diversos grados del seguimiento de Cristo.

También Francisco hizo ley fundamental de su vida la reproducción en sí mismo de esta síntesis. Pensando en ella podemos lograr una aproximación a él mucho mayor.

En este sentido debemos hacer en seguida una afirmación desalentadora, hasta cierto punto. Las diversas facetas que hemos logrado descubrir en la figura sico-

lógico-espiritual del Santo, parece que se implican unas en otras. Cada uno de los elementos lo volvemos a encontrar en el anterior.

Pero, esto mismo es aleccionador y ayuda a comprender mejor el conjunto. Precisamente así es como se logra poner en claro algo que es fundamental en la estructura de esta singular personalidad: su incomprensible *unidad interna*. La unidad de una fecunda simplicidad.

10

Bajo la acción directa de Dios

El misterio de la vida se nos revela, sobre todo, en el crecimiento. En él se desvela el misterio *fundamental* que nos rodea, el misterio del ser.

El crecimiento, a diferencia de la acción externa, lleva consigo el misterio de los orígenes y también el misterio de la continuidad de la vida. En él hay algo de aquella auténtica unidad, en la cual una parte no está yuxtapuesta a la otra, sino que la una viene de la otra por un proceso de desarrollo orgánico.

Todas las grandes creaciones del espíritu están marcadas con el sello de este misterio del crecimiento y del misterio de los orígenes. Ninguna concepción genial —en el campo religioso, filosófico, artístico— aparece ya “hecha”. Es un don que viene de lo alto y de lo íntimo y que crece hacia arriba.

Cuando esta ineludible necesidad, esta ausencia de cálculo, esta espontaneidad originaria llega a impregnar un pensamiento, una obra, a un hombre; cuando más descuidados están de prefijarse un fin determinado y cuando mejor se cumple en ellos la ley fundamental enunciada por Lc. 9, 24 y Jn. 12, 24 s., tanto más alto llegan en la escala de los valores. Precisamente Francisco es un milagro de este crecimiento auténtico y unitario. Su conversión nos ofrece la prueba.

Sin un plan premeditado, en total obediencia primero al golpear de la gracia, más tarde a una interior vocación, Francisco se fue desarrollando juntamente con la obra que había nacido con él y de él. Misteriosamente, con la impremeditación propia de la vida, se verifica en él un proceso de desarrollo irresistible, encantador, que va desde la vida del joven que disfruta sus años dorados en la Italia central de comienzos del siglo 13, hasta la vida de penitencia en Cristo crucificado. Y esto en una plenitud insuperable.

Pero, en todo ello no cumplía Francisco un plan preconcebido, sino que, acuciado y presionado desde arriba y desde dentro, buscando y obedeciendo, sufriendo y gozando, llegó él a comprender y fue cumpliendo poco a poco lo que le había sido revelado.

”¡Dios me dio!”. ”¡El Altísimo me reveló!”. Son palabras que se repiten hasta ocho veces en su breve Testamento, el escrito que más directamente brotó del corazón de Francisco, y que nos descubre lo más íntimo de su alma.

Francisco es guiado totalmente por Dios, en lo pequeño y en lo grande, en una medida que él no podía haber encontrado tan frecuentemente en las vidas de los santos.

Todo lo que a él le ocurre, todo lo que en él se realiza, es obra *directa* de Dios. Dios le guía inmediatamente (así lo concibe Francisco y el mismo Celano) cuando se va haciendo santo y cuando llega a la plenitud. Y nada comunicaba a sus frailes, sino lo que le parecía ser revelación de Dios ⁵⁹. Tanto Celano como la “Leyenda de los Tres Compañeros”, compendian expresamente su vida entera en estas frases: fuera de Dios nadie le enseñó ⁶⁰. En estos asuntos no tomó consejo de nadie, sino de Dios ⁶¹. Comunicó a los frailes lo que Dios le había revelado ⁶².

Es un hecho que nunca se meditará demasiado. Porque no se trata aquí de ser guiado en forma meramente

pasiva. Todas las energías de aquella figura excepcional fueron puestas en juego y tenazmente utilizadas hasta sus últimas posibilidades. Y, sin embargo —y esto es lo grande— sigue siendo *nada más* que un hombre guiado por Dios ⁶³.

Con ello realiza Francisco, en toda su perfección, una actitud específicamente cristiana, el “oír”. Este “oír” del cristiano puede ser realizado en muy diversos grados de intensidad, que van desde el oír con “corrección” la predicación sagrada, hasta la actitud del hombre que se abre desde lo más profundo de su ser para recibir y realizar el Mensaje evangélico. Por Celano y los “Tres Compañeros” sabemos hasta qué punto se cumplió en nuestro Santo esta última forma de reflexivo escuchar la voz de Dios. Tal actitud presupone y al mismo tiempo practica la docilidad para el seguimiento perfecto y, por consiguiente, para la perfecta *obediencia* ⁶⁴.

Esta fusión con la dirección divina era tan íntima, adquirió rasgos tan marcados de una unión mística entre el Amante y el Amado, que sólo podría expresarse bien guardando un misterioso silencio.

Una vez más comprende Francisco en su profundidad el Evangelio y también los salmos, que él conocía bien: “El Reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo y a una preciosa perla” (Mt. 13, 44). Como el afortunado buscador de perlas del Evangelio, así ocultaba Francisco su tesoro. El sabe de la misteriosa corriente de gracia que viene desde Dios a su alma y que precisamente lo más delicado está más expuesto al peligro. “¡Mi canto es sólo para el Rey!”.

Francisco logró proteger perfectamente el fervor interno que se le comunicaba. Sabemos con qué tenacidad intentaba guardar el secreto de las llagas recibidas. Escribe su Regla, dicta o escribe algunas frases y bendiciones... Pero, sobre lo que él era, sobre lo que en él pasa o había pasado hablaba Francisco muy poco..., “con la precaución de quien dice un enigma”.

“¡Bienaventurado el que sabe guardar el secreto de su Dios y Señor!” ⁶⁵.

Todo esto concuerda con la “extrañeza” que, aún en nuestros días, rodea la figura de Francisco. Sus contemporáneos de Italia ⁶⁶, lo mismo que el Sultán, estaban hondamente impresionados por ello.

11

“El Señor me dio cargo de frailes...”

De esta actitud dócil a las orientaciones del cielo surge también la obra del Santo. Francisco no fue al principio fundador de monasterios, o fundador de una Orden; tampoco quería serlo. Llegó a ser fundador de una Orden, casi diríamos, contra su voluntad.

Y, sin embargo, ¡cuánto trabajó después para que su Orden tuviese el espíritu y el sello de una Familia, de una auténtica Fraternidad!

No pensó en reunir compañeros en torno suyo. Dios le había mostrado la vida según el Evangelio, la vida de penitencia. Vive esta vida con una heroica mortificación y alabanza a Dios. No tenía ningún programa, fuera del Evangelio.

Y esto fue una gran ventaja para lo que habían de ser Francisco y su obra. Pues, el “no tener programa” y, sin embargo, llevar en el alma fuerzas creadoras en desbordante medida, significa estar fecundamente abierto para todas las posibilidades de un desarrollo espontáneo, en todas las direcciones. Y, ¡cómo se realizó esta oportunidad en Francisco! Surgió su obra con tal originalidad, que no pudo utilizar ninguna Regla propiamente dicha. Y tampoco él la escribió, a fin de que la vida se mantuviese en toda su originalidad primigenia.

Pero, naturalmente, en el Reino de Dios no hay nada que pueda quedar estérilmente aislado en sí mismo. En el Reino de Dios cada palabra y cada don es también

para los hermanos. Era, pues, imposible que este hombre nuevo, que como un gigante había roto con las viejas tradiciones, no poseyese una gran fuerza de atracción.

Y así viene, el primero, Bernardo. Y luego van llegando poco a poco cinco, seis. Y cuando eran once, le parecieron muchos a Francisco. ¡Cómo podría no impresionarle profundamente a este corazón maternal y alegrarle, en un sentido muy hondo, el tener hijos! Pero, Francisco estaba indeciso, porque no era un hombre planeador, sino solamente oyente y tan paciente como entusiasta cumplidor de lo que había oído o visto.

Lo sabía y lo dijo: “Dios era quien le había enviado aquellos Hermanos”. Pero, no sabía qué hacer con ellos, porque “nadie me enseñaba el camino que debía seguir”.

Y, sin embargo, él, el místico, escoge el camino del apostolado. Con la misma intensidad con que, a los comienzos, la propia salvación en la oración y penitencia habían sido principio y fin de aquella vida y de la correspondiente dirección de los Hermanos, fueron más tarde (después de algunos titubeos) esencialmente orientadas al apostolado. El que tanto amaba la soledad que la había llenado de las alabanzas divinas y, por así decirlo, de la vida de Dios —de modo que el paisaje donde pasó sus soledades parece aún hoy día devolvernos un eco de las mismas—, este hombre no quiso ya más vida eremítica ni montañas, sino que se decidió más bien imitar a Aquél que había venido a salvar la vida de los hermanos con su predicación, su vida y su muerte ⁶⁷. Francisco tenía hambre y sed de almas ⁶⁸. Se sabía enviado de Dios.

Su misma predicación, llena de fuerza y de verdad, que ningún hombre le había enseñado ⁶⁹, realizada “con palabras sencillas, en el fuego de su espíritu” ⁷⁰, y con las que anunciaba la penitencia ⁷¹, el amor a Dios ⁷² y la paz ⁷³; una predicación que dirigía a un sólo oyente con la misma seriedad y arrebató que a millares ⁷⁴, o al Papa

y a los Cardenales ⁷⁵; una predicación que, a veces, sólo consistía en una bendición ⁷⁶— una predicación como ésta debió de encerrar en sí una inconmensurable fuerza “que penetraba lo más íntimo de los corazones” ⁷⁷.

Y, sin embargo, una vez más nos encontramos con una dificultad interna que, teoréticamente, sería tema inagotable de reflexiones, pero que Francisco resolvió prácticamente con la mayor naturalidad: la oración sigue siendo, a pesar de todo, la tarea principal. Todo él es un predicador apostólico y, al mismo tiempo, se sumerge hasta perderse en las alabanzas de Dios. Cuando, en sus correrías apostólicas, por el camino, su meditación subía hasta “cantar a Jesús”, se olvidaba incluso de la finalidad de su viaje ⁷⁸.

Esta orientación apostólica la transmitió Francisco a sus frailes: clérigos y legos debían predicar ⁷⁹. Y el Señor les daba también a ellos “según la exigencia del momento, palabra y espíritu para predicar el sermón que más llegase al alma” ⁸⁰.

12

Guiado por Dios... y por la Iglesia

Así, pues, la fórmula que sostiene la obra del Santo reza: *Dios me dio a mí* (Deus dedit mihi) ⁸¹. La consecuencia es inevitable: lo que Dios ha enseñado y revelado debe cumplirse a la letra, tal como fue dicho, pura y sencillamente. A esto estaba del todo aferrada la conciencia del Santo.

Pero, esta misma conciencia estaba ligada con idéntica absoluta firmeza a la Iglesia católica, fundada por Dios, y a su Jerarquía. Sólo en ella hay salvación, en “nuestra madre la santa romana Iglesia”, según la llama Francisco todo a lo largo de su vida ⁸². A esto responde su actitud práctica, así en lo grande como en lo peque-

ño 83. Por su parte la Iglesia le vio y le reconoció pronto como un enviado. Sus íntimas relaciones con el cardenal Hugolino, más tarde Gregorio IX, llenan una de las páginas más atractivas de la Historia de la Iglesia 84.

Nos encontramos de nuevo ante una tensión fundamental en la vida de Francisco: por una parte es guiado directamente por Dios, mientras que al mismo tiempo se siente esencialmente ligado a la revelación que se comunica por medio de la Iglesia. Y, por cierto, ligado a una Iglesia que no estaba muy propicia a tolerar sin más ni más la realización literal de aquel género de vida "revelado por Dios".

En este punto es necesario que nos guardemos cuidadosamente de una armonización simplificadora. Cuanto más inmediatamente y en forma más desbordante habla Dios a Francisco, cuanto más expresamente le guía, con tanta mayor dureza debió sentir, como una carga, aquella mediación y límites que la Iglesia le ponía, hasta convertirse en pesado sufrimiento para su alma.

Salta a la vista lo onerosa que para él resultaba esta actitud de la Curia. La enorme tensión que debió existir en Francisco se demuestra por el hecho de una objetiva oposición entre la exigencia absoluta y la entrega del Santo al "Dios me ha revelado", y la mitigación y atenuaciones impuestas por la Iglesia a su ideal, a favor de las formas jurídicas, de cierta especie de propiedad y de la ciencia.

Sin duda que Francisco se abstiene de toda polémica (señal de una gran fortaleza); pero, no dejó de expresarse con claridad: "Hijo mío, yo amo a los frailes todo lo que puedo. Sin embargo, si ellos quisieran seguir mis huellas, yo les amaría más todavía y no me apartaría de ellos. Porque hay algunos de los Superiores que les guían por otros caminos...". "Al fin se verá claro lo que pretenden" 85. Con esto intentaba aclarar por qué no quería retener él por más tiempo la dirección de toda la Fraternidad. "¡Quiénes son esos hombres que me han

quitado de las manos mi Orden y mis frailes... para perdición de algunos de ellos!"⁸⁶.

En la boca del suave y humilde Francisco estas palabras son algo inaudito. Sólo pudo arrancárselas un auténtico martirio espiritual.

Francisco vio con mucha claridad cómo iban las cosas en la Iglesia de su tiempo⁸⁷.

Nosotros tenemos pleno derecho a rechazar como muy exagerado el duro juicio de Celano sobre la completa falta de energía y luz en la Cristiandad de entonces⁸⁸. Pero, encierra su parte de verdad. Francisco mismo nos ofrece la prueba. Habla con inusitada reverencia sobre los sacerdotes, los únicos que hacen visible en este mundo al Hijo del Altísimo mediante la consagración; que le llevan en sus manos y le dan a los demás. También reconoce de obra y de palabra a los sacerdotes católicos como a sus señores; se retira reverente ante ellos; tiene costumbre de visitar inmediatamente a los Obispos y sacerdotes apenas llega a una nueva ciudad. Y, con todo, casi nunca menciona a estos sacerdotes sin pensar que son pecadores⁸⁹.

Esta Iglesia, estos sacerdotes eran los que querían mitigar el grandioso ideal de altísima pobreza y de locura que el Señor exigía de él...

Esto era para Francisco una tortura espiritual que sólo un santo podía comprender adecuadamente.

Y es aquí, *en* esta lucha, bajo el peso de este conflicto a que le someten la Curia y los Ministros, donde Francisco realiza la plena y amorosa sujeción a la Iglesia y a vivir en su seno. ¡Ni una alusión, ni la posibilidad de una resistencia, ni el más mínimo gesto revolucionario! Por el contrario, la más humilde paciencia, y un nuevo impulso a crecer más en santidad. He aquí un hombre que de verdad llega a las cumbres más altas de la perfección, mediante la *renuncia total* a sí mismo. ¡Ninguna afirmación de sí propio en esta fuerza gigantesca! Pero, precisamente en esta renuncia logra Fran-

cisco la completa purificación. Hay aquí una realización sobreabundante del precepto de la paciencia, tan fundamental para el crecimiento de la vida cristiana: Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas. Y aquéllas otras de Lc. 9, 24 y Jn. 12, 24, que tantas veces hemos citado: ¡No querer salvar la propia vida!

Todo esto sólo puede ser entendido en el plano estrictamente religioso, y ha de ser admirado en devota veneración. Francisco ha superado el conflicto mortal resolviéndolo en sentido católico. Y con ello ha tocado de lleno el centro del Cristianismo.

Porque éste es el punto central del Cristianismo, el estar fundado sobre la mediación. En el Cristianismo no se da vida auténticamente religiosa fuera de este ámbito.

Pues, por una parte, lo decisivo es llegar al contacto inmediato entre "Dios y el alma"; pero, al mismo tiempo, tal contacto no se puede realizar sino a través del Hijo que el Padre ha enviado al mundo, de su Palabra y de su Obra: en esta inagotable confluencia de ambos factores consiste la esencia del Cristianismo.

Por eso, la fundación de la Iglesia por Cristo es esencialmente una continuación de la mediación del Hijo, que ya se realiza sustancialmente en la encarnación del Verbo. Por eso también la actitud fundamental del cristiano consiste en oír, oír también a la Iglesia.

Nos encontramos aquí con unas circunstancias y ante un ejemplo que pueden resultar altamente aleccionadores y fructíferos.

Prosigamos nuestra reflexión: La personalidad, ideas y obra del Santo fueron percibidas, ya en su tiempo, como algo nuevo que irrumpe y hace época en la historia (enviado como los apóstoles, según Celano) ⁹⁰. Ellas han contribuido a transformar siglos de historia y hasta nuestros días se continúa su acción fecunda: son de una grandiosidad histórica de primer orden. Y esta secular figura crece a impulsos de su riqueza interior, regalo de lo alto:

“Nadie me enseñaba, sino que el mismo Altísimo me lo reveló”.

Y lo que es admirable sobre toda ponderación —estas fuerzas portentosas no se salen nunca ni bajo ningún pretexto del puro y simple servicio, según ya dijimos (página 55).

Tenemos una cantidad exuberante de fuerzas originarias y gigantescas, es decir, una fuerte individualidad y en ella la conciencia clara de una misión divina. Y, sin embargo, ni el más ligero rasgo de individualidad egoísta, dañoso para la comunidad y para los valores objetivos.

El problema de toda la historia humana y el problema que hoy, con más urgencia que nunca, tenemos que resolver, Francisco lo ha superado en la forma más perfecta que pensarse puede y le ha dado una solución clara.

13

Obediencia y libertad franciscanas

Este conflicto, dominado mediante la plena sujeción y en la más amplia libertad, responde al modo cómo el Santo forma y guía a sus frailes: les somete a obediencia para hacerles libres.

En el punto central de la formación espiritual y eclesiástica que Francisco da al fraile menor se encuentra, al lado de dama pobreza, la santa obediencia. Sobre todo con su ejemplo.

La Fraternidad vive de él, y él lo sabe. Es un hombre a quien Dios ha dado Hermanos. A él han prometido obediencia todos, directa o indirectamente; él manda y reprende. Pero, también quiere sujetarse estrechamente a la santa obediencia. La dolorosa lucha interior para acomodarse a los deseos de los Ministros letrados, del venerado cardenal de Ostia y de la Curia romana, le

ofrecieron frecuentes oportunidades para practicar la sumisión.

Pero, Francisco quiere más. Así como él ha ejercitado y ejercita la obediencia más exacta a las inspiraciones de Dios, así querría vivir también bajo la obediencia de algún Hermano. El deseo permanece vivo desde el principio hasta su muerte ⁹¹. Esto puede realizarse con facilidad cuando sólo había un pequeño grupo de frailes y Francisco podía proponerles que uno de ellos “fuera nombrado administrador, guía de los demás, de modo que nosotros hayamos de hacer lo que él decidiere...” ⁹².

Esto le parecía a Francisco la cosa más sencilla del mundo, incluso cuando su Fraternidad se había convertido ya en una grande Orden, con una Regla aprobada por la Iglesia ⁹³.

¿Qué significan para Francisco las prescripciones jurídicas? El pasa descuidado sobre ellas. Y para sus hijos, hasta el día de hoy, quedan las confiadas, altamente aleccionadoras palabras del Testamento: “Y yo firmemente quiero obedecer al Ministro General de esta Hermandad y a aquel Guardián que le plugiere darme. Y quiero ponerme en sus manos...” ⁹⁴.

Pero, en el campo de la dura realidad esto resultaba no sólo difícil, sino imposible. Francisco era y sigue siendo Fundador de la Orden, insustituible y, bien mirado también, inamovible. Y así resultó, al tiempo en que a pesar de todo, había renunciado a la dirección de la Fraternidad, aquella extraña situación suya dentro de la Orden en los últimos años de su vida. Por una parte manda por obediencia a todos los frailes y, al mismo tiempo, reconoce como superior a otro Ministro General y le promete obediencia.

Al ejemplo añade la enseñanza.

Las palabras mismas del Santo ofrecen ya material abundante y Celano las completa con informes fidedignos. Según él, el símil de la “obediencia de cadáver” proviene de Francisco en una descripción, indudable-

mente dura, pinta el Santo con qué despreocupación deja el cadáver que se haga en él lo que se quiera... Y esta sería la imagen perfecta de la auténtica obediencia evangélica.

No es posible valorar más alto, y al mismo tiempo exigir en forma más rigurosa la santa obediencia, de como lo hace Francisco. Y "así nada apreciaban sus primeros discípulos tanto como la obediencia". "Incapaces de discutir el mandato recibido, se ponían inmediatamente a cumplirlo"⁹⁵. Llenaban la exigencia del Santo de obedecer no sólo exteriormente, sino de decir también sí en el interior. No sólo aceptar el mandato, sino desearlo; incluso adivinar por anticipado el deseo del Superior y, a la primera indicación, cumplirlo, despojándose enteramente de sí mismos⁹⁶.

Con todo, la obediencia franciscana tiene su peculiaridad. Es una preciosa herencia del Evangelio, que debería guardarse cuidadosamente en la Iglesia.

Si ponemos al Fundador de los jesuitas al lado de Francisco, percibimos en seguida la diferencia de personalidad y de métodos. El caballero y trovador de Cristo está tallado en forma muy distinta al capitán de Loyola. Cierto que Ignacio, durante mucho tiempo, no sólo fue el hombre de la autoridad y de la disciplina, sino también del ardoroso entusiasmo. Es igualmente cierto que, en muchos aspectos, un jesuita está moldeado según la imagen de *su* Fundador con menor intensidad que el fraile menor en la de Francisco.

Sin embargo, la obediencia ocupa en las enseñanzas de San Ignacio un puesto central mucho más exclusivo. Ella tiene para Ignacio una impronta impersonal, jurídica, militar, que no se encuentra en Francisco. La obediencia, en Francisco está totalmente impregnada de amor⁹⁷. También en este aspecto de su pensamiento hay que excluir cualquier estrechez que haga de la obediencia una categoría que se imponga aisladamente, por sí sola. Porque, como el amor está en su íntima esencia, la

obediencia franciscana implica en sí algo que podría parecer opuesto: la libertad interior.

¡Con qué frecuencia y con qué trazos tan fuertes queda subrayada esta libertad! ¡Cómo resplandece en el Santo mismo! También ella se encuentra en la entraña de su ser.

La fuerza de atracción de San Francisco es, en última instancia, inexplicable. Pero, si hubiésemos de buscarle fundamentos, uno de ellos sería éste: la libertad interior, que supera todo antagonismo estéril o inhibitorio en una fácil agilidad de espíritu. Y él se había educado tan perfectamente a sí mismo en esta interior libertad, que todo lo pesado se le tornaba fácil.

Se podrían aducir algunos testimonios: se humilla ante los oyentes que, ansiosos de su predicación, habían venido a oírle, pues un fallo de la memoria le había dejado en el atolladero, y les despide con una bendición ⁹⁸. Cuando se equivoca o ha reprendido con demasiada viveza, se corrige inmediatamente ⁹⁹. Y otros casos semejantes. Pero, tales testimonios nos dan a entender principalmente que, eso que llamamos libertad interior, es algo muy amplio y profundo, que impregna todo su ser, sus palabras y sus acciones. Cuando Francisco practica y exige la obediencia ha llegado a comprender —también aquí—, toda la hondura de aquella sentencia básica del Evangelio: la letra mata. Y esta otra: la verdad hace libres.

Dos frases de las “Palabras de exhortación a todos los Hermanos” ponen al descubierto el fundamento religioso: confiar en Dios y someterse a Dios. “Sólo aquel que con nadie se enoja ni perturba, ha puesto de verdad todo en mano de Dios”. “Aquel que se apropia de su voluntad come del árbol de la ciencia del bien y del mal, gloriándose del bien que el Señor hace o dice por él” ¹⁰⁰.

Lo que en realidad hace plenamente libre a Francisco es su pobreza voluntaria. Está libre del ansia de poseer.

Esta libertad está embebida en el amor; un amor que

quiere ser igual a Jesús; más aún, que —en la medida de lo posible— se hace igual a El y que, por tanto, se desprende totalmente de sí mismo. Es decir, que esta libertad se extiende mucho más allá de una postura conscientemente tomada: impregna al hombre todo y lo penetra en todas las direcciones.

Hay que observar a Francisco también en su ascesis, cuya dureza apenas conocía interrupción: ningún vestigio de aislamiento huraño, de mezquindad, de convulsión espasmódica o de rigidez. Por el contrario, dentro de la más áspera mortificación, se siente holgado, lleno de *alegría* desbordante y plena de agradecimiento. Lo amargo le fue realmente convertido en dulcedumbre.

En estos mismos sentimientos educó él a sus frailes, procurando con mucho cuidado alejar de ellos toda propensión a una “libertad estéril” ¹⁰¹. “Dondequiera que estuvieren los frailes, si vieren que no pueden guardar allí nuestra forma de vida, deben recurrir lo antes posible a su Ministro y comunicárselo. Y el Ministro debe esforzarse en cuidar de los frailes, como él mismo querría que hiciesen con él” ¹⁰².

Cuando Elías, durante su vicariato, dió la orden terminante de abtenerse de carne, Francisco revocó totalmente este decreto ¹⁰³.

Tres veces cita Francisco en la regla no confirmada (cap. 3, 9, 14), el pasaje de Lc. 10, 8: “Comed lo que os pongan delante”. Y ¡cuán sencilla y penetrante aparece esta frase aquí, teniendo por fondo el ideal de la más completa y estrecha pobreza!: “Y si alguna vez tuvieren necesidad se permite a los frailes sin excepción, comer de cualquier manjar... *según el Señor graciosamente les conceda*” (cap. 9).

¡Qué llena de compasión maternal está aquella refeción nocturna “con el Hermano que gritaba de hambre!” ¹⁰⁴. Celano comprendió la auténtica amplitud de espíritu del Santo, su capacidad de discernimiento y su prudente sabiduría ¹⁰⁵. Ellas le hicieron abierto en todo

tiempo a las más diversas situaciones, pero sin que llegase a establecer un esquema prefijado ¹⁰⁶.

Es obvio que la obligación de obedecer ha de tener un límite cuando lo que se manda es pecado, o cuando es contra la propia conciencia. Pero, de todas formas, es aleccionador ver con qué cuidado y la relativa frecuencia con que se hace constatar esto expresamente ¹⁰⁷.

Y, lo que es todavía más importante: la libertad del fraile menor se funda en el poder de mandar que el Superior tiene. Dado que la sencillez y humildad franciscana lo impregnan todo, el mandato que exige obediencia debe llevar también ese distintivo. El que manda ha de comportarse con el súbdito exactamente como con un Superior. Frecuentemente se dice: "El Superior debe ser como súbdito y servidor" (a. a. O). En su significado más hondo la expresión "ministro" o "ministro general", no es designación de un cargo, designa una actitud: la actitud de servicio. El uso constante del binomio "ministro y siervo" expresa marcadamente esta idea. Ello quiere decir también: la potestad de mandar en el Superior es real, pero tiene sus límites bien definidos.

Por eso, según subraya Francisco, es peligroso mandar ¹⁰⁸. Muy rara vez ha de mandarse por santa obediencia ¹⁰⁹. La autoridad es obligación y servicio, no privilegio ¹¹⁰. Sobre todo lleva consigo el peso de la responsabilidad del Superior frente a los frailes menores que se le han confiado. En el magnífico discurso de despedida ante el Capítulo ¹¹¹, al mencionar las obligaciones del Superior ante Dios, no se olvida Francisco de llamar la atención sobre el caso en que un Superior pueda ser responsable "por reprender con demasiada aspereza" la falta de algún Hermano.

A la luz de esta idea se aclara también el problema de la obligación de ir a Misiones, dentro de la Orden franciscana, según lo ha resuelto últimamente K. Esser y, a mi juicio, con acierto; así como el problema del Generalato de Francisco ¹¹². Ya lo dijimos: para Fran-

cisco las categorías jurídicas son siempre algo artificioso; y las disposiciones legales que de ellas derivan son algo cuyas consecuencias sólo en forma muy incompleta llegaba él a realizar.

Más que nadie se doblegaba Francisco respetuoso ante la jerarquía eclesiástica. Pero, le resultaba imposible encerrar su valor y su fuerza en pobres determinaciones jurídicas. También está limpio de todo juridicismo en su exigencia de la obediencia y en su concepción de la Regla: la soberana voluntad de Dios guía a los hombres a la Orden. Y, ya dentro de la Fraternidad, aún bajo los Superiores representantes de Dios, queda intacta la soberana libertad del Señor.

La vocación misional es obra de la gracia, una invitación a obedecer a Dios. El así llamado tiene que manifestar su vocación al Superior. Y éste no puede hacer otra cosa (a menos que no encuentre apto al fraile) que ayudarle a obedecer a la llamada divina.

14

La "pura y santa sencillez"

Una de las expresiones que Celano aplica más frecuentemente a Francisco es la de "simplicidad", sencillez. En esto no hace más que seguir al mismo Francisco que, indudablemente, concede valor peculiar a expresiones como "pura y simplemente", y la "pura santa simplicidad" ¹¹³; palabras que crean, siempre de nuevo, una inimitable y singularmente atrayente atmósfera en torno a las acciones y palabras del Santo y de la primera y pequeña Comunidad de frailes.

También concuerda perfectamente con el programa del Santo de vivir el Evangelio. Pues en el Evangelio se encuentran estas dos afirmaciones fundamentales:

1.—Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos (Mt. 18, 3).

2.—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8).

La sencillez designa en Francisco la actitud del que se entrega al servicio del amor (a Dios y al prójimo) sin premeditación, sin cálculo, infatigable, diáfana y sin reservas.

Esta sencillez implica en sí algo de la debilidad del niño. Pero, débil quiere decir aquí indefenso. Y, en tal caso, la sencillez no es otra cosa que la energía de aceptarlo todo y superarlo todo en Dios:

*¡Quién tuviera el valor de un niño
cuando sobre él se abren los ojos de Dios!*

(K. Weis).

Francisco era la sencillez misma, repetimos, hasta los límites de lo risible. Pero, esta sencillez se alimentaba continuamente del calor y de la fuerza del espíritu. Más aún, la sencillez era la misma llama que penetraba hasta el corazón de las cosas. En esta su ardorosa sencillez, Francisco mismo era un transformado y un transformador de los hombres. Su palabra y su mirada eran tan sencillas que lo penetraban todo. Ya su misma proximidad imponía silencio en el torbellino del interior desasosiego, o en el apasionamiento del que buscaba con inquietud ¹¹⁴.

Francisco fue objeto de una veneración superior a lo que nosotros podemos imaginar. El lo veía, sufría por ello; pero, no perdió su sencillez. El mismo Papa y la Curia romana experimentaron esta sencillez. Tal vez esto explica el que ya la primera vez le soportasen, a pesar de algunas comprensibles reservas. Ciertamente, él estaba enteramente penetrado por la veneración a los sacerdotes y, sobre todo al Papa, señor del universo; pero, en medio del "esplendor" del Papa y de su Curia, él seguía siendo el hombre sencillo. De tal modo que, predicando ante el Papa, parecía "danzar".

Esta sencillez pertenece, con la humildad y el amor, a la esencia de Francisco. Pero, al mismo tiempo era ella como un vestido que cubre y protege algo más íntimo. La sencillez es en Francisco esa forma y estilo propio en que encuentra expresión y habla al mundo su más honda intimidad. La sencillez lo mira todo con un amor benigno, que deja a las cosas y a los hombres así, como ellos son. No hay en ella nada que pueda hacer pensar en ambición o violencia pasional. Refleja la creación sin refracciones que falseen su imagen.

Esta actitud es extraña y, en parte, contraria a lo abstracto, a lo “aprendido”, a lo complicado, a lo que ha sido fabricado en forma artificial y artificiosa.

Por eso se comprende que el mundo sencillo de los Evangelios Sinópticos haya encontrado en Francisco tan amplia resonancia. Y a la inversa: había entonces en la Iglesia una ciencia filosófica, teológica y canónica que reglamentaba y dirigía los hombres y las cosas, las creencias y la piedad, por medio de abstracciones y distinciones altamente desarrolladas.

Este estilo dominaba en la Curia y se difundía por medio de la Curia romana. Había allí una fuerte tradición de formas y categorías jurídicas complicadas y rigurosamente fijadas, tan lejos de la espontaneidad natural como de la sencillez evangélica. Quedaba poco margen para la libre espontaneidad. Quien quisiera introducir ingenuamente alguna novedad en este mundo complicado y preformado de fórmulas eclesiásticas y especialmente clericales y monásticas, con facilidad había de chocar con todo el aparato de estas formas tradicionales. Y mucho más entonces, cuando —desde principios del siglo 12— la Iglesia, al verse atacada por las peligrosas herejías de cátaros y waldenses, se vio precisada a proteger con más rigor su doctrina.

La Teología y el Derecho canónico habían proporcionado a la vida cristiana unas formas de expresión estrictas y fijadas. Ahora podemos entender un poco mejor,

por qué Francisco debió de sentirse dentro de estas fórmulas y debido a ellas, en una atmósfera de dolorosa discrepancia.

El pensamiento abstracto, en su propio lenguaje, llamaría sin reparos a Francisco hombre "ignorante", inculto, iletrado. Porque Francisco piensa, ordena y educa según categorías personales, no según esquemas de cosas. Por eso, hay en él un *mínimum* de prescripciones de detalle, un *mínimum* de organización. Su ideal es la vida de penitencia, según el Evangelio y esta vida es su Regla. Ambas palabras son equivalentes, ambas constituyen para él una misma realidad.

No es algo accesorio el hecho de que Francisco rehuse con tanta energía aceptar la Regla de San Bernardo, o de San Agustín. Se hubiera traicionado a sí mismo ¹¹⁵.

Un único mandamiento: el del amor, expresado y comunicado por medio del ejemplo atrayente de una vida personal, reproducción ella misma de Cristo crucificado: tal hubiera sido el ideal de Francisco; el ir formando personalmente en él a su Fraternidad, que crecía hasta agrupar miles de hombres; en libre juego de fuerzas dejándose guiar día a día por la bondadosa providencia de Dios y por sus "revelaciones". Sólo la fuerza de las circunstancias, como se trasluce en la Regla definitiva, obliga a posponer lo personal y dar más amplia entrada a lo jurídico y normativo ¹¹⁶.

Pero, aún la Regla, ¿qué es lo que tiene de "Regla", en el sentido riguroso de la palabra y si se la compara con otras Reglas? La vida evangélica, es decir, la vida según las palabras del Evangelio, que tienen validez para todas las circunstancias y que no quiere ser un reino de este mundo: tal era su aspiración. Y esto le parece que puede expresarse en unas pocas frases. Y estas palabras vivientes del Evangelio, deberían bastar para formar a todos y totalmente.

No se han entendido, o mejor dicho, no se han cumplido plenamente las exigencias de inmediatez de Fran-

hemos de tomarla como reproducción exacta de los hechos; pero, contiene, sin duda, un gran fondo de verdad.

Luego que Francisco hubo encomendado la santa montaña a la peculiar custodia de fray Maseo, fray Angel, fray Silvestre y fray Iluminado, comienza a despedirse: “¡Adiós, adiós, fray Maseo!”. Y a fray Angel: “¡Adiós, adiós!”. Y lo mismo a los otros dos. “La paz sea con vosotros, mis queridos hermanos, ¡adiós! Yo me ausento de vosotros con mi cuerpo; pero, aquí os dejo mi corazón. Yo sigo adelante con fray Ovejita de Dios (fray León)... y ya no volveré más aquí. Yo me voy, ¡adiós, adiós, adiós! ¡Adiós, monte santo, adiós, Alvernia! ¡Adiós, monte de los ángeles! ¡Adiós, queridísimo hermano halcón, te doy gracias por el amor con que me has servido, adiós! ¡Adiós; adiós, gran roca, ya no volveré a verte más, adiós, adiós, adiós! ¡Tú, roca que me recogiste en tus entrañas de modo que el diablo, por tu medio, quedó burlado, adiós! ¡Adiós, santa María de los Angeles, a ti encomiendo mis hijos, Madre del eterno Verbo!”. “Y mientras nuestro querido padre pronunciaba estas palabras, corrían de nuestros ojos torrentes de lágrimas. El mismo partió de allí llorando, llevándose consigo nuestros corazones y dejándonos huérfanos con la partida de un padre como éste”.

Y, en un recodo del camino, desde donde se alzaba a ver por última vez la montaña, se bajó Francisco del jumento, “se arrodilló frente por frente del Alvernia, murmuró una ardiente plegaria y le bendijo, despidiéndose de él con estas palabras: “¡Adios, monte de Dios, monte santo, monte encumbrado, monte pingüe, monte en el cual plugo a Dios habitar!; ¡adiós, monte Alvernia! Te bendiga Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; la paz sea contigo, pues ya no nos volveremos a ver jamás!” ¹²⁰.

Cuando Francisco canta horas enteras las alabanzas a la creación, la belleza de sus formas, el perfume de las flores; cuando predica a las flores y a los animales,

por qué Francisco debió de sentirse dentro de estas fórmulas y debido a ellas, en una atmósfera de dolorosa discrepancia.

El pensamiento abstracto, en su propio lenguaje, llamaría sin reparos a Francisco hombre "ignorante", inculto, iletrado. Porque Francisco piensa, ordena y educa según categorías personales, no según esquemas de cosas. Por eso, hay en él un *mínimum* de prescripciones de detalle, un *mínimum* de organización. Su ideal es la vida de penitencia, según el Evangelio y esta vida es su Regla. Ambas palabras son equivalentes, ambas constituyen para él una misma realidad.

No es algo accesorio el hecho de que Francisco rehuse con tanta energía aceptar la Regla de San Bernardo, o de San Agustín. Se hubiera traicionado a sí mismo ¹¹⁵.

Un único mandamiento: el del amor, expresado y comunicado por medio del ejemplo atrayente de una vida personal, reproducción ella misma de Cristo crucificado: tal hubiera sido el ideal de Francisco; el ir formando personalmente en él a su Fraternidad, que crecía hasta agrupar miles de hombres; en libre juego de fuerzas dejándose guiar día a día por la bondadosa providencia de Dios y por sus "revelaciones". Sólo la fuerza de las circunstancias, como se trasluce en la Regla definitiva, obliga a posponer lo personal y dar más amplia entrada a lo jurídico y normativo ¹¹⁶.

Pero, aún la Regla, ¿qué es lo que tiene de "Regla", en el sentido riguroso de la palabra y si se la compara con otras Reglas? La vida evangélica, es decir, la vida según las palabras del Evangelio, que tienen validez para todas las circunstancias y que no quiere ser un reino de este mundo: tal era su aspiración. Y esto le parece que puede expresarse en unas pocas frases. Y estas palabras vivientes del Evangelio, deberían bastar para formar a todos y totalmente.

No se han entendido, o mejor dicho, no se han cumplido plenamente las exigencias de inmediatez de Fran-

cisco, si no se acepta, como parte integrante de ella, su ingenuidad. Pero, ¡no se confunda la ingenuidad con la bobería! Se trata, por el contrario, de una clarividente sencillez, que los “Tres Compañeros” equiparan a su embriaguez del Espíritu 117.

Un exquisito y hasta conmovedor ejemplo de esto es el consejo que Francisco da a los frailes que quieren vivir como ermitaños. ¿Cómo nos imaginaríamos nosotros una *Regla* para ermitaños? Francisco, sin embargo, dice: “Dos de ellos sean las madres, y tengan dos o al menos uno como hijos. Unos deben llevar la vida de Marta y otros la de María Magdalena...”.

Otro caso: Francisco y sus frailes encuentran un rebaño de cabras y machos cabríos. Entre ellos un corderito que “se mueve con gran humildad...”. Francisco se detiene y, con el corazón lleno de pena, lanza un gran suspiro: “Mira, te digo que así andaba nuestro Salvador lleno de humildad y mansedumbre entre los fariseos y los príncipes de los sacerdotes. Y por amor a El, te ruego, hermano, que tengas compasión de este corderito como yo la tengo. Vamos a comprarle, para sacarle de entre esa manada de cabras y machos cabríos” 118.

La palabra del Evangelio es como una espada de dos filos. Tiene un valor absoluto, lejos de toda medianía. Francisco realiza el precepto del Señor: vuestra palabra sea sí, sí; no, no. Francisco piensa exactamente como habla.

Un elemento integrante de la sencillez de Francisco es la voluntad de obrar sin compromisos, en forma tajante, apoyado en las promesas divinas. Pues (según se expresan “Los Tres Compañeros” en el pasaje citado) estaba realmente lleno de sencillez en todas las cosas; pero, en su sencillez estaba como embriagado en el ardor del espíritu.

A nosotros, hombres del siglo 20, tan frágiles y tímidos, nos cuesta trabajo dar a estas palabras su pleno sentido. Para la sencillez de Francisco nada resultaba imposible,

aunque se presentase como increíble. No sabemos en realidad lo que pasó cuando Francisco se llegó por primera vez ante Inocencio III. Seguro que la Curia no dejó de oponer dificultades. Pero, es inverosímil que el gran Papa le dijera, en tono de burla, que su Regla era más propia para cerdos que para hombres; que haría bien en buscar cerdos y revolcarse con ellos en el fango.

Esto, como decimos, es *del todo inverosímil*. Pero, lo que dice más adelante esta leyenda contiene una verdad de nivel más elevado. Sigue diciendo la narración: Francisco tomó al pie de la letra lo que había oído y lo puso en práctica. Y luego volvió a presencia del Papa y dijo con toda sencillez: Señor Papa, he cumplido vuestros deseos. Ahora haced Vos mi voluntad y confirmadme la Regla” 119.

Nos encontramos ante uno de los componentes esenciales de la personalidad del Santo: su asombrosa sencillez, su manera de obrar tajante e incondicional, capaz de impresionar todavía al hombre de nuestros días.

15

Amor de Francisco a las creaturas

Partiendo de esta sencillez y espontaneidad francamente incomprensibles para nosotros, podríamos, tal vez, lograr entender mejor su tan decantada —pero, muchas veces mal entendida— actitud frente a la creación; para con las hermanas plantas y los hermanos animales, de modo que tal actitud sea algo más que una simpática singularidad.

Hay escenas y frases en la vida del Santo en las cuales su natural sentimiento de vinculación a las creaturas de Dios encuentra una expresión espontánea, conmovedora, fácilmente comprensible. La grandiosa escena de despedida del Alvernia, tal como se conserva en un apéndice de la “Leyenda de los Tres Compañeros”, no

hemos de tomarla como reproducción exacta de los hechos; pero, contiene, sin duda, un gran fondo de verdad.

Luego que Francisco hubo encomendado la santa montaña a la peculiar custodia de fray Maseo, fray Angel, fray Silvestre y fray Iluminado, comienza a despedirse: “¡Adiós, adiós, fray Maseo!”. Y a fray Angel: “¡Adiós, adiós!”. Y lo mismo a los otros dos. “La paz sea con vosotros, mis queridos hermanos, ¡adiós! Yo me ausento de vosotros con mi cuerpo; pero, aquí os dejo mi corazón. Yo sigo adelante con fray Ovejita de Dios (fray León)... y ya no volveré más aquí. Yo me voy, ¡adiós, adiós, adiós! ¡Adiós, monte santo, adiós, Alvernia! ¡Adiós, monte de los ángeles! ¡Adiós, queridísimo hermano halcón, te doy gracias por el amor con que me has servido, adiós! ¡Adiós; adiós, gran roca, ya no volveré a verte más, adiós, adiós, adiós! ¡Tú, roca que me recogiste en tus entrañas de modo que el diablo, por tu medio, quedó burlado, adiós! ¡Adiós, santa María de los Angeles, a ti encomiendo mis hijos, Madre del eterno Verbo!”. “Y mientras nuestro querido padre pronunciaba estas palabras, corrían de nuestros ojos torrentes de lágrimas. El mismo partió de allí llorando, llevándose consigo nuestros corazones y dejándonos huérfanos con la partida de un padre como éste”.

Y, en un recodo del camino, desde donde se alzaba a ver por última vez la montaña, se bajó Francisco del jumento, “se arrodilló frente por frente del Alvernia, murmuró una ardiente plegaria y le bendijo, despidiéndose de él con estas palabras: “¡Adiós, monte de Dios, monte santo, monte encumbrado, monte pingüe, monte en el cual plugo a Dios habitar!; ¡adiós, monte Alvernia! Te bendiga Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; la paz sea contigo, pues ya no nos volveremos a ver jamás!” ¹²⁰.

Cuando Francisco canta horas enteras las alabanzas a la creación, la belleza de sus formas, el perfume de las flores; cuando predica a las flores y a los animales,

cuando habla con ellos como si le entendiesen; cuando siente compasión por el gusano y el corderito —como si viese ante sí a Jesús crucificado— entonces, ante su humilde sencillez, pierde todo ello ese aspecto de chocante, que podría resultar enojoso para el hombre profano.

Francisco se sentía hijo de Dios. Y, en tal medida, que la conciencia de estar redimido irrumpía por todas partes a través de su pobre carne. Y por eso habla el corazón de este hijo de Dios al corazón de todas las creaturas: “Por un privilegio especial, que a los demás se les ha negado, penetraba su corazón los secretos de ellos, como si él —libre del cuerpo—, gozase ya en la gloria la plena libertad de los hijos de Dios” ¹²¹.

16

Contacto sencillo e inmediato con el Evangelio

Como predicador, como guía de almas y como superior de los frailes tenía Francisco la misión de explicarse a sí mismo y a sus Hermanos el contenido de la revelación. Continuamente y con toda atención escuchaba él la voz de su celestial Señor, para saber con exactitud qué es lo que significaban y exigían sus palabras. Una frase como la que da comienzo a su Testamento es, sin duda alguna, el resultado de tales reflexiones. En ella está, como condensado, el conjunto de los conocimientos a que había llegado Francisco en sus meditaciones. Ella expresa lo que Francisco había conocido como esencia del Cristianismo.

Desde San Pablo y San Juan sabemos perfectamente cuán cerca se hallan la palabra de Dios y la reflexión teológica sobre esa misma palabra. Además, Francisco era hijo del siglo 13, tan entregado a la alegría de pensar.

Pero, según hemos dicho, Francisco era un hombre sin formación científica, era un iletrado. No era un

Perfecta "unidad interior"... en Cristo

Nada grande acontece sin una cierta ingente unilateralidad.

Pero, nada grande se libra de la destrucción si esta unilateralidad no es superada, sobreelevada y anclada en una amplia síntesis de conjunto.

Así es Francisco, y así lo hemos encontrado hasta ahora nosotros. Hay en él una tremenda y tajante ausencia de compromisos: sólo Dios cuenta, el hombre es nada. Dios, y sólo él, es quien le guía.

Francisco está derretido en el ardor de amorosos arrobamientos celestiales mientras sufre, al mismo tiempo, toda la amargura de la Pasión del Señor, hasta el punto de que se hace visible en su cuerpo. Siervo de todos y plenamente libre; un verdadero guía y ejemplar de sus Hermanos y por entero sujeto a la obediencia; aniquilado y plétórico de fuerza espiritual. Exige un desprecio tan ilimitado del cuerpo y del mundo, una realización tan integral del sermón de la Montaña, que ello constituye una temible amenaza para el equilibrio social y síquico-espiritual de la Humanidad. Pero, al mismo tiempo, Francisco, está totalmente sujeto a la Iglesia y a los sacerdotes. Es todo obediencia, y, al mismo tiempo, disfruta de una libertad interior que todo lo supera y triunfa sobre todo.

¿Podría resumirse en *una sola* palabra o en un solo concepto esta característica actitud espiritual que todo lo abarca? Creo que sí: Francisco es una perfecta *unidad interior* ¹²².

El amor de Francisco, la humildad, la sencillez y todo lo que en él es característico, no puede ser aislado claramente en conceptos distintos. No es que sean diferentes aspectos de una misma realidad, es que cada una de esas virtudes es la realidad misma. Porque, Francisco

cuando habla con ellos como si le entendiesen; cuando siente compasión por el gusano y el corderito —como si viese ante sí a Jesús crucificado— entonces, ante su humilde sencillez, pierde todo ello ese aspecto de chocante, que podría resultar enojoso para el hombre profano.

Francisco se sentía hijo de Dios. Y, en tal medida, que la conciencia de estar redimido irrumpía por todas partes a través de su pobre carne. Y por eso habla el corazón de este hijo de Dios al corazón de todas las creaturas: “Por un privilegio especial, que a los demás se les ha negado, penetraba su corazón los secretos de ellos, como si él —libre del cuerpo—, gozase ya en la gloria la plena libertad de los hijos de Dios” ¹²¹.

16

Contacto sencillo e inmediato con el Evangelio

Como predicador, como guía de almas y como superior de los frailes tenía Francisco la misión de explicarse a sí mismo y a sus Hermanos el contenido de la revelación. Continuamente y con toda atención escuchaba él la voz de su celestial Señor, para saber con exactitud qué es lo que significaban y exigían sus palabras. Una frase como la que da comienzo a su Testamento es, sin duda alguna, el resultado de tales reflexiones. En ella está, como condensado, el conjunto de los conocimientos a que había llegado Francisco en sus meditaciones. Ella expresa lo que Francisco había conocido como esencia del Cristianismo.

Desde San Pablo y San Juan sabemos perfectamente cuán cerca se hallan la palabra de Dios y la reflexión teológica sobre esa misma palabra. Además, Francisco era hijo del siglo 13, tan entregado a la alegría de pensar.

Pero, según hemos dicho, Francisco era un hombre sin formación científica, era un iletrado. No era un

pensador abstracto. Para él todo era amor, incluso el conocer. Por eso podemos quedarnos con la afirmación de que en Francisco casi todo era resultado de un contacto inmediato con la realidad.

Su modo innato de conocer y de decir era la sencillez: las palabras tienen *un* sentido tan sólo, que se podría tocar con las manos. Ciertamente, se toca un misterio insondable; pero, basta tener un alma sencilla, la sencillez de un hijo de Dios, para captar su recto sentido, todas sus riquezas.

La predicación de la Iglesia católica, desde los tiempos de Tertuliano, Orígenes y Agustín, era una especie de explicación teológica sobre los escritos de Pablo y de Juan. Pero, a Francisco le fue dado volver a enlazar, ir a nutrir su predicación, allí donde no hay ninguna o casi ninguna reflexión: en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Es decir, allí donde se narran clara y llanamente las obras y palabras del Señor. Francisco no vive de Pablo, sino de los Evangelios sinópticos. Esto es extraordinariamente importante.

Y merece que reflexionemos sobre ello. ¿Qué hubiera sucedido si este modo de predicar hubiese entrado con mucha más fuerza aún en la corriente general del desarrollo de la Iglesia?

Vale la pena preguntarse si nosotros no podríamos hoy aprender algo de este modo ingenuo, espontáneo, de recibir y de propagar la Revelación. Porque Francisco no vivía al lado de la Iglesia, vivía *en* la Iglesia y plenamente sujeto a ella.

Repartió pródigamente las riquezas que se le habían confiado.

Hay una teología *sin* silogismos; pero, que no se opone a la teología de los silogismos.

La significación de esta ausencia de teología es muy profunda. El que Francisco no fuera teólogo, tal vez haya sido para él la salvación. Salvación de toda postura unilateral, que conduce al error. Es casi imposible concebir

una inteligencia tan robusta que hubiese sido capaz de captar el asombroso y “absoluto” impulso hacia Dios y de apartamiento del mundo —tal como Francisco lo vivió—, y darle una formulación *teorética*, sin el peligro que continuamente acecha al pensamiento de caer en arriesgadas visiones unilaterales.

La grandiosa y magnífica unilateralidad del amor divino y el completo desprecio del cuerpo; la poca estimación práctica de la ciencia eclesiástica y de sus enseñanzas jurídicas; todo esto pudo mantenerse dentro de la pura ortodoxia católica, gracias, sin duda, a que era una mente inmediatamente dirigida por Dios, ajena a las abstracciones y reflexiones, que no establece ninguna tesis en sentido exclusivista y aislado.

Esta postura es la que también encontramos realizada respecto a la conciencia del pecado en Francisco y que tiene importancia en relación, por ejemplo, con Lutero.

Ya vimos cuán consciente era Francisco de ser pecador y de encontrarse deficiente ante la Santidad de Dios, cómo él confiaba únicamente en Dios. Sus propias palabras y obras lo demuestran, así como el juicio de Celano y de los “Tres Compañeros”. Con grande ardor ansiaba él saberse seguro de su salvación en Dios. *Una parte* de la quietud interior lograda en su conversión brota de aquí, de esta conciencia del pecado y de la necesidad urgente de esconderse en las manos bondadosas de Dios.

Pero, precisamente este “estar escondido en Dios”, se realiza en él según la palabra de la Escritura, y según la *acción amorosa* de Dios, en forma sobreabundante y del todo natural. Y así, la conciencia del pecado no le plantea a él un problema teórico y abstracto, sino un problema de ser. Para dicha suya Francisco no era un teólogo.

Así pudo mantenerse inquebrantable la conciencia del pecado y, a pesar de ello, verse libre de caer —siguiendo una orientación subjetivista—, en una visión unilateral y estrecha de la realidad.

Perfecta "unidad interior"... en Cristo

Nada grande acontece sin una cierta ingente unilateralidad.

Pero, nada grande se libra de la destrucción si esta unilateralidad no es superada, sobreelevada y anclada en una amplia síntesis de conjunto.

Así es Francisco, y así lo hemos encontrado hasta ahora nosotros. Hay en él una tremenda y tajante ausencia de compromisos: sólo Dios cuenta, el hombre es nada. Dios, y sólo él, es quien le guía.

Francisco está derretido en el ardor de amorosos arrobamientos celestiales mientras sufre, al mismo tiempo, toda la amargura de la Pasión del Señor, hasta el punto de que se hace visible en su cuerpo. Siervo de todos y plenamente libre; un verdadero guía y ejemplar de sus Hermanos y por entero sujeto a la obediencia; aniquilado y plétórico de fuerza espiritual. Exige un desprecio tan ilimitado del cuerpo y del mundo, una realización tan integral del sermón de la Montaña, que ello constituye una temible amenaza para el equilibrio social y síquico-espiritual de la Humanidad. Pero, al mismo tiempo, Francisco, está totalmente sujeto a la Iglesia y a los sacerdotes. Es todo obediencia, y, al mismo tiempo, disfruta de una libertad interior que todo lo supera y triunfa sobre todo.

¿Podría resumirse en *una sola* palabra o en un solo concepto esta característica actitud espiritual que todo lo abarca? Creo que sí: Francisco es una perfecta *unidad interior* ¹²².

El amor de Francisco, la humildad, la sencillez y todo lo que en él es característico, no puede ser aislado claramente en conceptos distintos. No es que sean diferentes aspectos de una misma realidad, es que cada una de esas virtudes es la realidad misma. Porque, Francisco

—y aquí volvemos a revelar algo de su misterio, era, en forma totalmente extraordinaria, un todo, sin cisura de ninguna clase. Francisco obliga a la unidad. Cuando habla de obediencia, habla y tiene una actitud que implica, al mismo tiempo, amor y humildad.

Con frecuencia se subraya que Francisco, a penas conocía algo, lo ponía también por obra. Nada más exacto. En él conocer y querer son inseparables. Pero, hay que completar la idea: Francisco conocía obrando.

¿El origen de esta misteriosa unidad? Brota de la misma fuente de donde brota Francisco todo entero: de Cristo crucificado, Dios y Hombre a la vez.

No es que a Francisco le impresione esta o la otra palabra del Señor. Más bien era que, en cada palabra, quedaba el Santo como sellado, en forma incomparablemente penetrante, por la realidad entera del Hombre-Dios. Francisco llegó a tal grado de transformación en Cristo, que en este horno de fuego prendido por Dios, no podía estar una virtud del Señor sin las otras. La una era también la otra. De esta presencia cristiforme de unas virtudes en otras era un eco lo que Francisco dice sobre las virtudes: el que tiene una y no peca contra las otras, las tiene todas; pero, el que peca contra una, no tiene ninguna ¹²³.

¿Qué podemos aprender nosotros de Francisco?

Con timidez y casi como mera insinuación podríamos quizá responder lo siguiente:

1.—Volver a adquirir en todo el ámbito de la vida religiosa y clerical el sentido de lo absoluto y central: el Señor crucificado. Mirarle a El y oír sus palabras, palabras dichas para ti y para mí, aquí y ahora. Dejarse guiar inmediatamente por Dios. Transformarse plenamente en Cristo, y así llenarse primero y luego irradiar paz y amor.

2.—Lograr una mayor comprensión de la fuerza, grandeza y belleza de una personalidad llena de heroísmo

religioso y ascético; y aprender de ella a realizar la libertad en la sujeción, la libertad dentro de la fiel obediencia a la Iglesia ¹²⁴.

3.—De nada está más necesitada que de autenticidad esta generación, tan propensa a todas las formas y variedades de la superficialidad, a lo rápido, mudable, momentáneo, instintivo.

Si entendemos la autenticidad como seriedad, como renuncia a la falta de objetividad, como un estar orientado hacia las cosas en vez del propio yo; orientado hacia la verdad, hacia el servicio, entonces los santos están en la cumbre del genio. Porque, el único que podría comparárseles por la seriedad de sus afanes, por la dureza de la lucha, es el artista que crea lleno de dolor. Pero, aún en éste, nunca queda superada del todo (o al menos no necesariamente) la complacencia en la magnífica obra creada. Ni siquiera en Miguel Angel.

Aún entre los santos se dan, sin duda, grados en esta superación. En la escala del valor subjetivo, en la mayor o menor gracia delante de Dios, no puede ningún hombre penetrar. Pero, podemos nosotros describir, hasta cierto punto, los hechos objetivos. Y así como hay grados en la influencia histórica y nosotros los podemos constatar, así también entre los santos hay grados en lo que podemos llamar "autenticidad". Esta es tanto más grande cuanto más gigantescas son las fuerzas que ejercen su presión sobre *un solo* punto (ya hablamos más arriba de la unidad en la sencillez, páginas 52-53) y cuando tales fuerzas se manifiestan y obran en forma menos complicada y más inmediata.

Y, ¿dónde encontrar un santo que, bajo este aspecto, supere a Francisco? Cuando piensa y obra está todo su ser en el pensamiento y en la acción. Sólo autenticidad hay en él.

Y, ¡cuánto ayuda al hombre del siglo 20 el poder revivir todo esto!

Incluso para la tarea que indicábamos al comienzo de estas reflexiones: llenar de contenido la palabra y la predicación, a fin de que impresionen ¹²⁵.

4.—Hay algo de lo cual todavía no hemos hablado: la importancia del Laicado en la edificación del Reino de Dios. En su intimidad, la piedad del católico y santo Francisco de Asís no es clerical ¹²⁶. El hecho de que él mismo no fuese sacerdote, no es más que la prueba externa de ello. Francisco es el modelo más auténtico que puede darse de una Acción Católica ¹²⁷.

Y, ya para terminar, ¿podríamos encontrar una palabra, que, hasta cierto punto, sintetizase lo que es este gran Santo? ¹²⁸.

Dice Celano: “Mientras su cuerpo peregrinaba aún lejos del Señor, logró este hombre de Dios que su espíritu viviese ya habitualmente en el cielo. El era ya un conciudadano de los ángeles, de cuya compañía sólo le separaba la ténue pared de su carne... Cada fibra de su corazón era una ofrenda de expiación a su Salvador” ¹²⁹.

En la hora sublime de la impresión de la llagas, se puso de manifiesto esta amoroso-dolorosa unión con el Amado ausente. Aquí vemos lo más íntimo del Pobre-cillo de Asís:

Espejo viviente del Amor crucificado

En la medida en que podemos decirlo de un hombre, Francisco de Asís recibió la gracia de poder soportar en sí la renovación del misterio de la Cruz.

NOTAS

1. *Exhortación*, 6; BOEHMER, H., WIEGAND, FR., *Analekten zur Geschichte des Franciscus von Assisi*, Tübingen 1930, 30. Según esta edición (=Analekten) citamos siempre, en adelante, los Opúsculos de San Francisco. A Celano lo citamos según la edición de *Analecta Franciscana*, Tom. IX (Quaracchi 1926 ss.).

N. del Tr.—Los opúsculos y demás escritos de San Francisco, así como las biografías de la época las puede ver el lector español en "*Escritos completos de San Francisco de Asis y Biografías de su época*", Madrid (Biblioteca de Autores Cristianos: BAC), 3.º ed., 1956.

2. 2 *Celano* (Anal. Franc. X, 246): «Si bien nosotros, estamos manchados». Además 1 *Celano* 90 (X, 69); 1 *Celano* 94 (X, 72); cf. también 2 *Celano* 10 (X, 137): «sintió en sí una transformación inefable, y lo que él no pudo expresar conviene que nosotros lo callemos».

3. Cfr. BOEHMER-WIEGAND, *Analekten*, «Index auctoritatum», pp. 73-75; y 1 *Celano* 32 (X, 25). *Leyenda de los Tres Compañeros*, XII (ed. Faloci-Pulignani), Foligno 1897, 67 ss.).

4. Este y parecidos pasajes son alusiones o citas del Cantar de los Cantares, 5, 6.

5. *Leyenda de los Tres Compañeros*, V: «desde aquella hora quedó herido su corazón y derretido en la memoria de la Pasión del Señor» (p. 33).

6. *Leyenda de los Tres Compañeros*, VI, p. 37.

7. *Ibid.*, XII, p. 91.

8. 2 *Celano* 7 (X, 134; 9) (X, 136).

9. 2 *Celano* 13 (X, 138).

10. 2 *Celano* 7 (X, 134).

11. 2 *Celano* 10 (X, 137).

12. 2 *Celano* 9 (X, 136).

13. *Leyenda de los Tres Compañeros*, V, p. 34.

14. 2 *Celano* 25 (X, 145).

15. 1 *Celano* 115 (X, 90 ss.).

16. 1 *Celano* 82 (X, 61). Concuerda con esto el informe de Celano sobre la canonización: 1 *Celano* 125 (X, 101).

17. Cfr. 1 *Celano* 11: «comenzaron a burlarse miserablemente de él, llamándole loco y demente...» (X, 12); *Leyenda de los Tres Compañeros*, IX y X, pp. 56 y 59. 1 *Celano* 89, resume precisamente una de las características de la predicación del Santo en estas palabras: «por la locura de la predicación».

18. *Analekten*, 43.

19. 1 *Celano* 81 (X, 60).

20. 1 *Celano* 59 (X, 46).

21. ...«hace al hombre sujeto... incluso a las bestias y fieras, de modo que puedan hacer de él todo cuanto Dios les permita» (*Analekten* 44).

22. 1 *Celano* 53 (X, 41).

23. 1 *Celano* 73 (X, 55).

24. Es un error de método el fijarse en el comportamiento y en la doctrina del Santo respecto a la absoluta desestima del cuerpo y del dinero, para concluir a una radical negación de la cultura por parte de Francisco. Un grado tal de ascetismo no lo exige él de todos aquellos a quienes predica; deja que siga subsistiendo la familia y el trabajo de los obreros y labradores, entre los cuales deberían trabajar también los Hermanos. Es decir, que Francisco lleva a la perfecta realización los más altos ideales; pero los presenta en forma tal, que pueden ser ideal para muchos, sin que exija a todos a seguir el camino que él sigue.

25. *Leyenda de los Tres Compañeros*, XIV, p. 80.

26. *Carta a un ministro* (*Analekten* 19). Cfr. más abajo, pp. 65-66.

27. Cfr. los testimonios de la nota 29. Cfr. también 1 *Celano* 125, el comienzo del sermón de Gregorio IX en la canonización del Poverello: «Como la aurora en medio de las nubes, como la luna en su plenitud, como el sol en todo su esplendor: así brilló este hombre en el Templo del Señor».

28. Sobre el particular la síntesis que nos ofrecen *Los Tres Compañeros*, XVII, p. 91. Resumen la vida del Santo como trabajo en la viña del Señor, pero se ve claro que este trabajo es, ante todo, una prestación de tipo interior y espiritual «con celo y ardor...».

29. Sirvan estos testimonios como ilustración para lo que ahora y más adelante decimos:

1 *Celano* 6: «parecía totalmente diferente cuando salía de cuando entraba» (X, 10).

1 *Celano* 26: «con toda vigilancia y solicitud instruía a sus nuevos hijos con nuevas enseñanzas» (X, 22). «Cuando, finalmente, desaparecía aquella luz y suavidad, renovado en su espíritu, parecía transformado en otro hombre» (X, 22).

1 *Celano* 36: «corrían hombres y mujeres, se apresuraban los clérigos y los religiosos para oír y ver al santo de Dios, que todos tenían por hombre de otro siglo... Parecía como si una nueva luz hubiese venido del cielo a la tierra» (X, 29).

1 *Celano* 37: «irradiaba como una estrella brillante en la oscuridad de la noche y como la aurora que avanza sobre las

- tinieblas» (X, 29). «Artífice egregio, según cuya forma, regla y doctrina se renueva la Iglesia» (X, 30).
- 1 *Celano* 82: «cuando pronunciaba tu nombre, Dios santo... parecía hombre de otro mundo» (X, 61).
- 1 *Celano* 89: «En los últimos tiempos apareció un nuevo evangelista... llegó una nueva santidad... se dio un espíritu nuevo... e irradió de lo alto un santo, con nuevos ritos y nuevos signos» (X, 68).
- Los Tres Compañeros*, IV: «parecía transformado en un hombre nuevo», p. 32.
- Ibid.*, XI: «sintióse invadido de nuevo gozo», p. 66.
- Ibid.*, XIII: «como un hombre de otro mundo», p. 74.
- Ibid.*, VIII: se llama al Evangelio de la confesión «palabras de una nueva ley de gracia», p. 47.
30. *Los Tres Compañeros*, II y III, p. 21 ss.
31. Para la coexistencia entre alegría y ardor del espíritu, tormento, angustia y oscuridad, cfr., 1 *Celano* 3, 5, 6, 26; *Los Tres Compañeros*, II, III, IV, VI, VII.
32. Cfr. más arriba, nota 29.
33. 2 *Celano* 10 (X, 137).
34. *Testamento*, n. 1, *Analekten*, 24; cfr. 2 *Celano* 9 (X, 136).
35. Muy profundamente explica 2 *Celano* 9 la dependencia entre esta transformación interior (cuya fuerza está en el desprecio de sí mismo) y la comprensión perfecta de las palabras de Cristo: «tomar lo amargo por dulce, despreciarte a ti mismo si quieres conocerme a Mí; porque lo que te digo te sabrá en orden inverso» (Cfr. allí mismo el «ya transformado en espiritual» (X, 136).
36. 1 *Celano* 103: «perseverando en el propósito de santa renovación, siempre esperaba volver a empezar» (X, 80).
37. Cfr., por ej., 1 *Celano* 10 (X, 12).
38. Cfr. *Los Tres Compañeros*, XII, p. 68.
39. Cfr. 1 *Celano* 39 (X, 31).
40. 2 *Celano* 95: «no como quien ora, sino hecho todo él oración» (X, 187).
41. 1 *Celano* 2 (X, 7).
42. Cfr. 1 *Celano* 71 (X, 53).
43. *Analekten*, 45 ss.
44. 1 *Celano* 15 (X, 14 s.).
45. Karl HASE, *Franz von Assisi, ein Hileigenbild* (Leipzig 1856), Werke, V, 1892, p. 71).
46. Cfr. la cita de Celano en la p. 78 y nota 126.
47. *Testamento*, n. 1 (*Analekten*, 24), cfr. la observación que sobre estos años hace 1 *Celano* 76 (X, 22). Precisamente la frase «cuando yo estaba todavía en pecado», demuestra con claridad que Francisco valorizaba su vida de penitencia (su vida de gracia) más que aquellos primeros años. Cfr. más abajo los textos sobre la «certidumbre del estado de gracia».
48. Núm. 11 (*Analekten*, 37).
49. Cfr. 1 *Celano* 26 (X, 22).

50. 1 *Celano* 53: «...se consideraba a sí mismo vaso de perdición» (X, 40 ss.).

51. 2 *Celano* 126 (X, 204).

52. Sería falsear la concepción del Santo si se quisiese encontrar en él alguna expresión favorable a aquella concepción de Lutero: lo que no viene de Dios, es contra Dios, en sentido de pecado mortal.

53. 1 *Celano* 26 (X, 22).

54. *Analekten*, 45.

55. 2 *Celano* 133 (X, 208); 112 (X, 196 ss.); 116 ss. (X, 199).

56. *Analekten*, p. 33 ss.

57. Para la completa elaboración del tema habría que tener en cuenta los diversos sueños-visiones, en las que se manifiesta simbólicamente la gran actividad del Santo. Por ejemplo, cfr. *Los Tres Compañeros*, XII: «yo soy aquella pobre mujer del desierto, a la que Dios adornó con su amor misericordioso... Y me ha dicho el Rey de los Reyes que El alimentará todos los hijos de mí nacidos» (p. 71 ss.).

58. «Así me dio el Señor... El Señor me llevó entre ellos... El Señor me dio tanta fe en las iglesias... El Señor me dio y da tanta fe en los sacerdotes... Y después que el Señor me dio cuidado de frailes, ninguno me enseñaba lo que yo debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio... El Señor me reveló que dijésemos este saludo: "el Señor os da paz...". Así como el Señor me dio pura y simplemente decir y escribir la Regla y estas palabras...» (*Analekten*, p. 24 ss.).

59. Sólo unos textos entre los muchos que podrían aducirse:

1 *Celano* 108: «antes de su muerte bendijo a cada uno de ellos según la inspiración de lo alto» (X, 83).

2 *Celano* 1: «El ministro general y el Capítulo determinaron, no sin inspiración divina» (X, 129).

2 *Celano* 15: «abren el libro y en él les mostró Cristo su voluntad» (X, 140).

2 *Celano* 104: «El Cardenal aceptó la interpretación del Santo, porque ella venía de Dios» (X, 192).

1 *Celano* 15: «El obispo de Asís entendió que tal decisión venía de Dios» (X, 14).

2 *Celano* 3: «El nombre de Francisco procedía de Dios; su madre habló sobre el porvenir del niño ilustrada por revelación» (X, 131).

Los Tres Compañeros, XVI: «el sueño de la pequeña gallina blanca: conoció por el Espíritu Santo...» (p. 86).

Ibid., XII: «el suceso había sido predicho por divina revelación.

El Papa Inocencio le dijo: "ruega a Dios para que El te revele"» (p. 70 ss.).

Ibid., XIII: «sus palabras tenían una fuerza no aprendida de hombre alguno» (p. 74).

Hay que reconocer: 1) que este «Dios me dio» o «Dios me reveló» no hay que tomarlos en sentido teológico de una revelación propiamente dicha; y que, 2) los primeros biógrafos

mismos, en general lo toman en un sentido lato. Pero, tampoco hay que debilitar tanto el sentido que se reduzca la obligación que Francisco sentía ante tal «revelación», aunque sea en un sentido especial más amplio que el teológico indicado.

60. 1 *Celano* 6 (X, 10).

61. *Los Tres Compañeros*, III (p. 29).

62. 1 *Celano* 30 (X, 24).

63. Este «Dios me dio», que ya aparece como elemento básico en el proceso de la conversión, podemos verlo mejor en su función propia si le comparamos con otro proceso de conversión que hace época en la historia. Pongamos este «Dios me dio» frente al impetuoso afán de Lutero descrito en las Prelecciones de 1545 (WA 54, 185, 12). En el Reformador se trata también, en lo esencial, de una búsqueda de un *conocimiento* y de su eficiencia. El golpea tozudamente en el texto de Rom. 1, 17, para entender qué significa aquí «Justicia de Dios: hasta que surge frente a él una interpretación nueva que le libera interiormente. Lo que vale en Francisco es «La mano de Dios se puso sobre él» (1 *Celano*, al fin) y Dios le dio el hacer penitencia (Principio del *Testamento*). Cfr. más arriba la p. 42. Una cierta limitación a lo dicho, se ofrece en la pregunta, interior del Santo, sobre el sentido que podría tener la visión de la estigmatización (pp. 10-11, nota y pp. 12-13).

64. Los informes de Celano ofrecen numerosos testimonios sobre esta pronta obediencia. 2 *Celano* 6 (X, 133 s.), la pregunta del segundo sueño: ¿Señor o esclavo? Vuelve... «Y volvió sin tardanza, convertido ya en ejemplar de obediencia y abdicando de la propia voluntad». 2 *Celano* 9: «En seguida se sintió impulsado a obedecer al mandato divino, y estaba ansioso de cumplirlo». De esta forma prefirió para sí lo amargo a lo dulce y se preparó varonilmente para obedecer a todos los otros mandatos (X, 136).

65. *Exhortación*, 28 (*Analekten*, 83). En relación con esta adquieren su sentido propio ciertas exhortaciones a los frailes.

66. 1 *Celano* 107 (X, 83), cfr. más arriba, nota 30, los datos sobre el hombre de un siglo nuevo; cfr. 1 *Celano* 28 (X, 23).

67. 1 *Celano* 35 (X, 98).

68. 1 *Celano* 97 (X, 74).

69. *Los Tres Compañeros*, XIII, VIII (pp. 74, 47 ss.).

70. *Ibid.*, VII, (p. 42).

71. 1 *Celano* 23 (X, 20).

72. *Leyenda de los Tres Compañeros*, IX (p. 54).

73. 1 *Celano* 23 (X, 20).

74. 1 *Celano* 72 (X, 54).

75. 1 *Celano* 73 (X, 54 s.).

76. Cfr. nota 75.

77. *Leyenda de los Tres Compañeros*, VIII (p. 48).

78. 1 *Celano* 115 (X, 91).

79. *Leyenda de los Tres Compañeros*, XIV: «A cualquiera de ellos que tuviera espíritu de Dios y suficiente elocuencia, fuese clérigo o lego, le daba permiso para predicar» (p. 81).

80. *Leyenda de los Tres Compañeros*, XIV (p. 81 s.).

81. Cfr. supra p. 54.

82. *Leyenda de los Tres Compañeros*, XII (p. 67).

83. Cfr. 1 *Celano* 75 (X, 56): «cuando él llegaba a algún poblado acostumbraba a visitar al obispo y a los sacerdotes». Cfr. además, su relación con el cura de San Damián (que ofrece una cierta dificultad para lo dicho en las pp. 54 y 59) y para con el obispo de Asís. Fuera de esto, también las diversas prescripciones del Testamento, la promesa de fidelidad en la Regla, la exhortación repetida a vivir y orar «católicamente». Cfr. también las prescripciones sobre la participación en la Misa, el gran tema de la veneración al Santísimo Sacramento, la disposición para besar la mano a los sacerdotes, incluso los cascos de sus caballos (*Leyenda de los Tres Compañeros*, XIV, p. 78 s.).

84. Para ilustración, cfr. Gregorio IX en la canonización, según informa 1 *Celano* 125 (X, 100 s.). Las relaciones del Santo con Inocencio III no es posible esclarecerlas más. Las diversas tradiciones no pueden reducirse a una línea *única*: El hecho de que Francisco en su *Testamento* (*Analekten*, 25, 22) hable de la aprobación por el Papa sin dejar traslucir que hubiera habido oposición, no quiere decir que no la hubiera. Francisco jamás exteriorizaba una polémica. Por lo demás, el hecho de que el Papa, al principio, aprobó sólo *oralmente* los planes del Santo y que, fuera de ésto, sólo le autorizó para predicar *penitencia* (no predicación doctrinal) podría ser una prueba de que en el primer encuentro no todo fue tan fácil. Lo cual a su vez concuerda mejor con lo que dice 1 *Celano* 33. Nada raro que hubiese dificultades por parte del Papa: aquel Francisco descuidado en su persona, niega *todas* las necesidades humanas y sociales, moteja al dinero de «estiercol» y de «la más grande tentación». El Señor del mundo, la Curia, los teólogos con sus teorías sobre el dinero y el préstamo. ¿Cómo podrían aceptar esto, sin más? De verdad que Francisco era y sigue siendo bien enigmático.

85. 2 *Celano* 188 (X, 238).

86. a. a. O.

87. La explicación que Celano da a estas palabras no son suficientes para declarar los hechos y las palabras citadas.

88. 1 *Celano* 36 (X, 29); 1 *Celano* 89 (X, 68); cfr. 1 *Celano* 84-87 (X, 63 ss.).

89. Cfr. *Testamento*, n. 3: «y no quiero considerar pecado en ellos». *Exhortación*, 26: «aunque sean pecadores...» (*Analekten*, 25, y 33).

90. 1 *Celano* 29 (X, 23 s.).

91. 1 *Celano* 151 (X, 218); cfr. también 1 *Celano* 53, cuando él manda a un fraile que le insulte como a hombre inútil (X, 41).

92. *Leyenda de los Tres Compañeros* XII (p. 67 s.).

93. 2 *Celano* 184 (X, 236): «No veo, hijo mío, ningún jefe adecuado para este grande ejército, ningún pastor adecuado para esta magna grey». No es texto que haga dificultad. Porque

aquí piensa Francisco en las cualidades internas y religiosas, no en una posición jurídica.

94. 2 *Celano* 152 (X, 218).
95. 1 *Celano* 39 (X, 31).
96. *Ibid.*, 45 (X, 35).
97. *Opúsculos*, passim; por ejemplo, la Regla no confirmada, 5 (*Analekten*, 4 s.).
98. 1 *Celano* 72 (X, 54).
99. *Ibid.*, 54 (X, 41).
100. *Exhortación*, 11 (*Analekten*, 30) y *Exhortación*, 2 (*Analekten*, 28). Cfr. más arriba, la pp. 27-28.
101. 1 *Celano* 104 (X, 81).
102. *Regla no confirmada*, 6 (*Analekten*, 5).
103. *Crónica de los 24 Generales* (*Anal. Francis.*, III, p. 31).
104. 2 *Celano* 22 (X, 144).
105. 1 *Celano* 57 (X, 43).
106. Por eso mismo recibía también en su orden hombres nobles y letrados, 1 *Celano* 57 (X, 43).
107. *Carta a todos los fieles*, 8 (*Analekten*, 36).
108. 1 *Celano* 104 (X, 81).
109. 2 *Celano* 153 (X, 219).
110. 2 *Celano* 188 (X, 238).
111. 2 *Celano* 143 (X, 212 s.).
112. K. ESSER, O. F. M., *Gehorsam und Freiheit*, en *WissWeis* 3 (1950) 142-150. Id., *Das "ministerium generale" des hl. Franziskus von Assisi*, en *Franz Stud.* 33 (1951) 329-348.
113. *Saludo a las virtudes* (*Analekten*, 43). Cfr. *Testamento*, n. 21 (*Analekten*, 27).
114. 1 *Celano* 101 (X, 76); 1 *Celano* 46 (X, 36); 1 *Celano* 62 (X, 47 s.).
115. Cfr. *Analekten*, p. 58 s.
116. Sin embargo, es significativo que en la *Regla definitiva* se acentúa la autoridad personal del Santo con mucha mayor intensidad que en la anterior redacción.
117. *Leyenda de los Tres Compañeros*, VII (p. 43).
118. 1 *Celano* 79 (X, 59).
119. LEMMENS, *Testimonia minora saec. XIII de s. Francisco Assisiensi*, Quaracchi 1926, p. 29.
120. Cfr. JOERGENSEN, *Der hl. Franziskus von Assisi* (Kempten 1908), p. 621¹.
121. 1 *Celano* 79, 81, 58 ss. (X, 59, 60, 44 ss.).
122. 2 *Celano* 95 (X, 187): «Todas sus intenciones y afectos los concentraba en lo único que pedía a Dios». El traductor francés de Celano, Fagot, traduce libremente el pasaje, pero da muy bien el sentido cuando dice: «con corazón múltiple y soberanamente simple».
123. *Saludo a las virtudes* (*Analekten*, 43).
124. La situación psicológica y espiritual del hombre de hoy no puede resumirse exhaustivamente en una fórmula única. Pero, se toca algo esencial y característico de la totalidad de su destino, cuando se dice que el hombre de hoy es el resultado

de un subjetivismo desatado, en el punto crítico en que éste desenfreno ha caído o amenaza caer en la *tiránica* sujeción de «las masas», junto con la autonomía sin freno de los dictadores. El hombre de nuestros días necesita sujeción, la guía *ordenada* y segura de los dogmas objetivos, a los cuales están ligadas la ley de la verdad y del amor, dentro de la ley de la forma.

Y porque ha sido o está siendo pervertida hasta el último extremo (en las masas humanas regidas por los gobiernos totalitarios) por eso necesita el hombre actual, con no menos urgencia, la libertad. Sí, a fin de que la experiencia de los siglos, en la que el sujeto buscó su libertad, quede satisfecha y se pueda llegar a superar la fuerza demoníaca de las masas, se necesita una libertad radical, casi revolucionaria. Abunda por todas partes una objetividad simplista, pero carece totalmente de efectividad.

Sin embargo, la síntesis de ambos elementos —sujeción y libertad— no es frecuente. Francisco la logró en forma grandiosa e inagotable: Dios es su único vivir. Y, ¡con qué hondura y hasta qué profundidad! Y, con todo, la más completa sujeción a la Jerarquía.

125. En su actitud de entrega incondicional y sin distinciones, atribuía Francisco a cada palabra y a cada frase un significado *único*. Por eso exigía a los frailes que entendiesen la Regla y el Testamento pura y simplemente, tal como suenan las palabras; y no deberían añadir ninguna declaración para determinar así o así se han de entender. Con esto no cae Francisco en un literalismo muerto, como piensa Nigg (*Grosse Heilige*, Zürich, pp. 72-73); como tampoco su obediencia de cadáver aniquila la libertad (*ibid.*). Es precisamente su fe en el Espíritu la que le permite hablar así. En aquel Espíritu que formó el lenguaje del Evangelio.

126. *Leyenda de los Tres Compañeros*, XIV, p. 81. A todo el que estaba lleno del Espíritu de Dios y poseía suficiente elocuencia, *fuese clérigo o lego*, le daba Francisco permiso para predicar. Ya se dijo antes que esta opinión del Santo nada tiene que ver con cualquier clase de anticlericalismo.

Como es obvio tampoco es dificultado lo que dicen *Los Tres Compañeros*, XXI, p. 73: «Que Francisco y sus once compañeros recibieron la tonsura clerical. Concuerdia con el hecho de que Francisco no era teólogo. La piedad entonces en uso había sido, en lo esencial, creación de teólogos y fruto de la reflexión especulativa; y esto aún en el caso de un genio religioso como san Bernardo, que no había sido nada favorable a la ciencia teológica.

127. No podemos tratar expresamente de lo que Francisco, como «amante de la unidad» [1 *Celano* E19 (X, 95 ss.)] podría significar (teniendo en cuenta su actitud a-teológica) como ejemplar de una labor fructuosa dentro del Movimiento Ecuménico. Francisco es también un santo para los cristianos evangélicos. Y puesto que ellos le reconocen como íntegramente católico,

queda orillado el peligro de que, en su nombre, pueda sufrir quebranto el problema de la verdad.

128. Sólo un santo podía, legítimamente, atreverse a dar una interpretación profética a la venida de Francisco al mundo con la aplicación a él de Tit. 2, 11 («apareció la gracia de nuestro Señor»...), tal como lo hacen otros escritores; pero, sobre todo, Buenaventura, en el comienzo —solemne e impresionante— de su «Vida de San Francisco».

129. 2 *Celano* 94 y 95 (X, 186 ss.).

CONTENIDO

I

OBSERVACIONES PRELIMINARES

1.— Francisco es un <i>misterio</i>	9
2.— Hablar de él comprometiéndose	11
3.— Peligro del lenguaje gastado	12
4.— Renovar nuestro lenguaje religioso	13
5.— No «exaltarse» ante Francisco	16
6.— Un peligro: Lo emocional	17
7.— Francisco hombre desconcertante	21
8.— Un Mensaje para el hombre actual	25
9.— Francisco hombre «peligroso»	26
10.— Atractivo y salvación para nuestro tiempo	27
11.— Hablar de Francisco orando	28

II

PERSONALIDAD DE FRANCISCO

1.— El hombre de una nueva era	33
2.— Francisco fruto de la gracia	34
3.— Fuerza inmensa de su vida interior	35
4.— Transformación total de Francisco	36
5.— Francisco, lleno de Dios	40
6.— Un hombre «hecho oración»	42
7.— Imitó al pobre y crucificado Salvador	43
8.— Conciencia del pecado... y de la gracia	47
9.— Su incomprensible unidad interior	52
10.— Bajo la acción directa de Dios	53
11.— «El Señor me dio cargo de frailes...»	56
12.— Guiado por Dios... y por la Iglesia	58
13.— Obediencia y libertad franciscanas	62
14.— La pura y santa sencillez	68
15.— Amor de Francisco a las creaturas	73
16.— Contacto sencillo e inmediato con el Evangelio	75
17.— Perfecta unidad interior... en Cristo	78
18.— ¿Qué podemos aprender de Francisco?	79

J. LORTZ, el célebre historiador-teólogo alemán, nos ofrece en este libro una interpretación clara, convincente y magistral de ese «misterio de la gracia» que se llama Francisco de Asís. Dentro de la inmensa literatura franciscana, la obra de LORTZ es realmente «incomparable» por la hondura, densidad y precisión con que ha logrado captar y poner ante nuestros ojos la realidad misma, viviente y fascinadora, del Pobre de Asís.

Una llamada a la autenticidad y sencillez de nuestra entrega cristiana a Dios.